

Vidas en papel

ESCRITURAS BIOGRÁFICAS
EN LA EDAD MODERNA

VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA
RAÚL DÍAZ ROSALES
(eds.)



ETIÓPICAS

VIDAS EN PAPEL

Escrituras biográficas en la Edad Moderna

VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA
RAÚL DÍAZ ROSALES
(eds.)

Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna
Valentín Núñez Rivera y Raúl Díaz Rosales (eds.)

Edita:

Etiópicas. Revista de letras renacentistas
Departamento de Filología (Universidad de Huelva)

© 2018 Los autores (cada uno de su trabajo)
© De esta edición: *Etiópicas. Revista de letras renacentistas*

Colabora:



Diseño y maquetación: CdV₃₂
Impreso en España - Printed in Spain
Impresión: Bonanza Sistemas Digitales S. L.

ISBN: 978-84-17288-22-8
ISSN: 1698-689X
Depósito legal: H 233-2018

<http://www.uhu.es/revista.etiopicas/>
Universidad de Huelva. Servicio de Publicaciones
Reservados todos los derechos

ÍNDICE

<i>Presentación</i>	9
VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA	

[VIDAS LITERARIAS]

<i>Vida y/u obra del poeta petrarquista</i>	13
ROLAND BÉHAR	
<i>Una obra perdida de Luis Hurtado de Toledo y su posible relación con El gallardo español de Cervantes</i>	29
ABRAHAM MADROÑAL	
<i>Dos vidas de Dulcinea (entre Cervantes y Avellaneda)</i>	47
MARÍA ZAMBRANA PÉREZ	

[VIDAS DE AVENTURA]

<i>El libro del pícaro: vida, escritura y conciencia genérica</i>	57
VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA	
<i>Vida e historia en el Marcos de Obregón</i>	83
NATALIA PALOMINO TIZADO	
<i>Un nuevo enfoque sobre la Breve suma de la vida y hechos de Diego García de Paredes</i>	91
PATRICIA LÓPEZ DIEZ Y CARLOS PÉREZ HERNANDO	
<i>El retrato de Diego Duque de Estrada a través de sus Comentarios</i>	105
ELISABET M. RASCÓN GARCÍA	

<i>El discurso desafiante sobre raza y naturaleza en los Comentarios Reales</i>	113
SOPHIE CADOUX	

[VIDAS FEMENINAS]

<i>Diseños biográficos de la autoría femenina en el paradigma religioso</i>	137
NIEVES BARANDA LETURIO	

<i>Mujeres virtuosas: el modelo de las biografías femeninas en las dinastías Ming (1368-1644) y Qing (1664-1911)</i>	167
ZHILING DUAN	

<i>Escrituras biográficas de mujeres en la literatura inglesa del siglo XVII</i>	175
REMEDIOS MARÍA PARTAL TORRES	

[VIDAS EN BIOGRAFÍA]

<i>La Vida de Quevedo por Pablo de Tarsia: un discurso apologético</i>	191
M. ^a ROCÍO LEPE GARCÍA	

<i>Vidas de autores italianos en traducciones impresas del Siglo de Oro: Dante, Petrarca y Ariosto</i>	205
SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ	

[VIDAS EN COLECCIÓN]

<i>Gabriel Lobo Laso de la Vega y la construcción del canon literario en el Siglo de Oro</i>	249
MARÍA HEREDIA MANTIS	

<i>Los retratos de los creadores literarios españoles del Siglo de Oro</i>	281
BONAVENTURA BASSEGODA	

RESÚMENES Y PALABRAS CLAVE / ABSTRACTS AND KEYWORDS	321
---	-----

VIDAS DE AUTORES ITALIANOS EN TRADUCCIONES IMPRESAS DEL SIGLO DE ORO: DANTE, PETRARCA Y ARIOSTO

SERGIO FERNÁNDEZ LÓPEZ
Universidad de Huelva

A lo largo del siglo xvi, se fue dando cita en el panorama literario español un grupo de traductores, quizá no tan cuantioso como prolífico en su labor, que dedicó gran parte de sus esfuerzos a verter a la lengua española las obras de los más grandes escritores italianos, junto a una cantidad no menos considerable de tratados de clásicos grecolatinos.¹ Gracias a ellos, además de a los muchos viajes y estancias en Italia de nuestros poetas-soldados, la literatura italiana se convierte, si no lo era ya, en el auténtico referente de los poetas del siglo de Oro español.

Aquellos traductores, por otro lado, como encargados de transmitir las obras, fueron tomando cada vez mayor notabilidad en la época. Su nombre, de hecho, solía aparecer en los paratextos o en otros lugares más o menos paratextuales, cuando no en la misma portada, reivindicándose de este modo su labor, que a menudo se igualaba casi a la del autor que transmitían. De ahí que no fuese extraño que insistiesen en la revisión de la obra y los nuevos aspectos que aportaba la edición del autor traducido. Se trataba de un esfuerzo que daba idea de una nueva toma de conciencia autorial, que quizá no se hacía sentir cuando el resultado era fruto del *scriptorium* de tal o cual monasterio y, por tanto, obra colectiva, como solía ocurrir durante la Edad Media.² Y es precisamente

¹ Véanse, por ejemplo, los trabajos de Esperanza Seco Santos, «Influencia de la literatura italiana en la española», *Didáctica (Lengua y Literatura)*, 1 (1989), pp. 121-132, e «Historia de las traducciones literarias del italiano al español durante el siglo de Oro (influencias)», *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 13 (1990), pp. 41-98.

² Aunque en el ámbito religioso, este cambio de conciencia se explica muy bien en el trabajo de Claude Chauchadis, «Paratexto y autoría en el *Flos Sanctorum* renacentista», en M. Soledad Arredondo, Pierre Civil

entre aquellas nuevas partes recogidas en la edición que se daba a las prensas donde, por diversos motivos, se solía incluir como novedad paratextual la vida del autor cuya obra se trasladaba.

En el caso que nos ocupa, se presentan las biografías de tres clásicos italianos contenidas en los preliminares de versiones españolas del siglo xvi.³ En primer lugar, se edita la vida de Dante impresa en 1515, si bien la obra que la acoge se empezó a traducir, según parece, casi diez años antes.⁴ Se recogen luego dos biografías distintas de Petrarca, impresas la primera en 1512 y en 1554 la segunda, con cambios en la traducción de la obra muy significativos y curiosos, que dan buena cuenta de los cambios en el gusto poético que se estaban gestando y asentando por aquel entonces. Por último, se publica la vida de Ariosto, que Matías Mares incluyó en la edición de 1583.

Por lo que respecta a la vida de Dante Alighieri, esta acompañó por primera vez a la traducción de la *Divina comedia* en la edición de Burgos de 1515 y apareció con el título que sigue: *Traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano, por el reverendo don Pero Fernández de Villegas, arcediano de Burgos..., por mandado de la muy excelente señora doña Juan de Aragón...*⁵ Se trata, como las otras tres que llegaron a abordarse por aquellas fechas, de una traslación parcial, pues Fernández de Villegas se atuvo únicamente a la traducción del *Inferno*.⁶ Según Alvar y Lucía Megías, en la actualidad se conservan al menos cuarenta y cinco ejemplares de esta edición, distribuidos por diversas bibliotecas europeas y norteamericanas.⁷

En su inicio, siguiendo la costumbre de traductores y editores, el arcediano de Burgos se afanó en señalar todas las novedades que incluía su obra, necesarias, en su opi-

y Michel Moner (eds.), *Paratextos en la Literatura Española. Siglos xv-xviii*, Madrid, Casa Velázquez, 2009, pp. 318-319.

³ Los cuatro textos aparecen editados en el apéndice.

⁴ De manera particular Cinthia Hamlin, «La transmisión textual de la Divina Comedia (1515): ¿del impreso al manuscrito?», *Revista de Filología Española*, 93 (2013), pp. 273-289, quien demuestra además que la versión manuscrita conservada en la Hispanic Society no sirvió de base para esta edición de 1515 y que, frente a lo que se venía creyendo, es posterior al impreso. La sigue luego Marta Marfany, «La traducción del *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas: La huella de la tradición poética castellana y de los comentarios a la *commedia* de Dante», *Anuario de Estudios Medievales*, 45 (2015), pp. 449-471, p. 451.

⁵ Los datos de edición se encuentran al final, en el explícit: «Imprimiose esta muy provechosa y notable obra en la muy noble y más leal ciudad de Burgos por Fadrique Alemán de Basilea. Acabose lunes, a dos días de abril del año de nuestra redención de mil y quinientos y quince años», *La traducción del Dante de lengua toscana en verso castellano*, 1515, f. Q6r.

⁶ Anteriores serían la versión en prosa del *Inferno* atribuida a Enrique de Villena, de 1528, y la traducción anónima de la segunda mitad del siglo xv, esta vez en verso, que presenta poco más del primer canto del *Inferno*. Un año después de la impresión de Burgos, en 1516, se publica en Sevilla la traducción de Hernando Díaz, que recoge en coplas de arte mayor los versos iniciales del primer canto del Infierno, del Purgatorio y del Paraíso. Para estas traducciones, véanse los estudios de Karl Ludwig Selig, «The Dante and Petrarch translations of Hernando Díaz», *Itálica*, 37 (1960), pp. 185-187; Mario Penna, «Traducciones castellanas antiguas de la *Divina Comedia*», *Revista de la Universidad de Madrid*, 14 (1965), pp. 81-127; y José Antonio Pascual, *La traducción de la Divina Comedia atribuida a D. Enrique de Aragón. Estudio y edición del Inferno*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1974.

⁷ Carlos Alvar y José Manuel Lucía Megías, *Repertorio de traductores del siglo xv*, Madrid, Ollero y Ramos, 2009, p. 298.

nión, para su mejor comprensión y entendimiento. De todas ellas, destacan sin duda las glosas del prestigioso comentarista Cristóforo Landino, para las que se sirvió del ejemplar italiano de la *Commedia* de 1481, que ya traía su *Commento*, si bien es verdad que, pese a haberlo seguido muy de cerca, no dejó de incluir anotaciones de otros intérpretes y, sobre todo, las suyas propias, que correspondían a su particular traducción de los versos dantescos, llenas de alusiones a personajes españoles, a su misma vida y a otras cuestiones de no menor interés.⁸ Su traslación, envuelta por el comentario en formato de cebolla, como lo denominó Rodríguez Velasco,⁹ parece seguir la disposición de las glosas de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Juan de Mena.¹⁰ Se trata esta de una obra que Fernández de Villegas conoció posiblemente, pues a la edición de Sevilla de 1499 siguió otra anterior a su tarea con importantes modificaciones, publicada en Granada en 1505 y, a la postre, auténtico modelo de las trece impresas posteriormente, desde la de Zaragoza de 1506 a la de Alcalá de Henares de 1566.¹¹

Por lo demás, la traducción de Fernández de Villegas ha recibido ya numerosos estudios, particularmente en las dos últimas décadas, en los que se han abordado desde asuntos lingüísticos, como sus frecuentes amplificaciones, hasta su carácter didáctico-moral,¹² aspecto que Hamlin, seguramente una de sus mayores especialistas, también ha defendido, aunque haya terminado por destacar, sobre todo en sus trabajos más

⁸ En su apropiación, de las diversas aclaraciones que Landino incluyó en los paratextos, por ejemplo, Fernández de Villegas toma para sí únicamente su «Vida de Dante», de la que me ocuparé luego.

⁹ Jesús Rodríguez Velasco, «La *Bibliotheca* y los márgenes: Ensayo teórico sobre la glosa en el ámbito cortesano del siglo xv en Castilla. I: código, dialéctica y autoridad», *eHumanista*, 1 (2001), p. 120, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_ah/files/sitefiles/ehumanista/volume1/Rodriguez-zpdf1.pdf.

¹⁰ Cinthia María Hamlin, «La transmisión textual de la traducción de la Divina Comedia (1515), cit., p. 274.

¹¹ Véase la introducción de Cortijo y Weiss a la edición electrónica publicada en *eHumanista*, 2 (2002), http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_ah/files/sitefiles/publications/trescientas/0%20introduction.pdf.

¹² Sin ánimo de ser exhaustivos, valgan los estudios de Joaquín Arce, «La lengua de Dante en la *Divina Comedia* y en sus traductores españoles», *Revista de la Universidad de Madrid*, xiv (1965), pp. 9-48; Maribel Andreu, «Traducir el italiano de Dante en la Castilla del siglo xvi: el Infierno según Pedro Fernández de Villegas», en Pilar Orero (ed.), *Actes del III Congrés Internacional sobre traducció*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1998, pp. 293-302; Roxana Recio, «La evolución de las ideas sobre traducción y traductor en Castilla: la Introducción al Infierno de Villegas», en Santiago Fortuño Llorens y Tomás Martínez Romero (coords.), *Actes del VII Congrés de l'Associació Hispànica de Literatura Medieval*, Castellón de la Plana, Universidad Jaime I, vol. III, 1999, pp. 213-220; Roberto Mondola, *Dante nel Rinascimento castigliano. L'Inferno di Pedro Fernández de Villegas*, Napoles, Tullio Pironti, 2011, «Algunos aspectos léxicos y morfosintácticos de la primera traducción castellana impresa de la *Commedia*: el *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas (Burgos, 1515)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 90 (2014), pp. 151-172 y «Entre adivinación y brujería: el *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas (Burgos, 1515)», en M. Luisa Lobato, Javier San José y Germán Vega (eds.), *Brujería, Magia y otros prodigios en la literatura española del Siglo de Oro*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016, pp. 383-403, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/entre-advivacion-y-brujeria-el-infierno-de-pedro-fernandez-de-villegas-burgos-1515/>; y Cinthia María Hamlin, «El comentario de la Divina Comedia de Villegas y el humanismo peninsular: reflexiones lingüísticas y renovación filológica», *Íncipit*, 31 (2011), pp. 73-100, y «El comentario de la *Divina Comedia* de Fernández de Villegas: características generales y actitudes humanísticas», *eHumanista*, 21 (2012), pp. 437-466, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_ah/files/sitefiles/ehumanista/volume21/5%20ehumanista21.hamlin.pdf.

recientes, su más definidora función política, propagandística y apologética.¹³ No hay que olvidar que la destinataria de la obra era doña Juana de Aragón, hija natural del rey Fernando el Católico. De ahí que no fuese nada extraño que en sus glosas alabase con frecuencia a los monarcas españoles, alejándose en estas apostillas del comentario original de Cristóforo Landino, en un intento de amparar la necesidad de un imperio universal que garantizase la paz, como había defendido el mismo Dante, y de presentar al rey como un mesías político-religioso.¹⁴ El elogio, en todo caso, resulta evidente en muchos pasajes, como en este del canto IV:

Pues para qué hablaremos de los pasados, teniendo presente al muy poderoso rey y señor nuestro don Fernando el Católico, vuestro padre, muy excelente señora, de quien por todos los tiempos venideros fasta el fin del mundo no faltarán perpetuos loores: ganó el reino de Granada de los moros con tantas y tan gloriosas victorias y hizo convertir a la fe católica toda aquella morisma (...) Limpiada España de la espurcicia mahomética, él y la gloriosa reina doña Isabel, de eterna memoria, su mujer y señora nuestra, echaron y alanzaron de toda España la pestífera muchedumbre de los judíos (...), cumpliendo lo que la Iglesia demanda en un himno a los armados y victoriosos príncipes.¹⁵

Pero, junto a este asunto, la labor de Fernández de Villegas resulta atractiva por otras muchas cuestiones de interés. Y es que, a decir verdad, las observaciones de su propia cosecha, que va desgranando aquí y allí en su traducción del comentario, no tienen desperdicio alguno. A aquellas apostillas donde ensalza a la monarquía, se unen otro tipo de glosas en las que recoge vivencias personales, acontecimientos históricos e incluso apreciaciones lingüísticas que reflejan sus gustos y muestran su opción por unas u otras expresiones, como esta en la que comenta su traducción “maguer mi entender” del primer canto:

¹³ Cinthia Hamlin, «La traducción en la España pre-humanista y sus causas político-ideológicas: el caso de la *Divina Commedia* y los Reyes Católicos», *Revista de Literatura Medieval*, 24 (2012), pp. 81-100, y «Fernández de Villegas y Landino, traducción y reapropiación, el caso de la dicotomía vida activa-vida contemplativa en el Comentario de la *Commedia*», *eHumanista*, 20 (2012), pp. 430-450, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume20/2.hamlin.v20pdf.pdf. A este asunto dedicó de hecho su tesis doctoral. Véase Cinthia María Hamlin, *Primera traducción impresa de la Divina Comedia en los albores del humanismo español: Estudio del texto y de sus resonancias políticas y culturales*, tesis defendida en la Universidad de Buenos Aires, 2013.

¹⁴ Sobre el mesianismo y el providencialismo en las obras de la época, José Manuel Nieto Soria, «Propaganda política y poder real en la Castilla de los Trastámara: una perspectiva de análisis», *Anuario de Estudios Medievales*, 25 (1995), pp. 489-516. Para su reflejo en la traducción de Fernández de Villegas, Cinthia María Hamlin, «La traducción en la España pre-humanista y sus causas político-ideológicas: el caso de la *Divina Commedia* y los Reyes Católicos», cit.

¹⁵ *La traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano*, I, 20, f. h1r. (señalo en números romanos el canto y en árabigos la copla a la que corresponde la glosa).

Vocablo castellano antiguo es *maquer*. Agora no es en uso de curiales ni de galanes; queda solamente en labradores y en las montañas. Pero yo soy mucho aficionado a vocablos antiguos y por eso pongo este y otros algunos de su suerte, de que no dudo será reprehendido. Mas todo es de sufrir por honra de la antigüedad.¹⁶

Por otro lado, en la «introducción», igualmente interesante, Villegas justifica su elección no solo del verso en lugar de la prosa, lo que había sido al cabo una petición expresa de doña Juana de Aragón, sino también, más concretamente, por la copla de arte mayor para traducir la *terza rima* empelada por Dante, amparándose en autoridades como el marqués de Santillana, quien ya había defendido el uso del verso en la Biblia, y de otros como Juan de Mena, quien había empleado la octava en su *Laberinto de Fortuna*:

Débase notar que el Dante escribe su obra en verso, que comúnmente tiene once o doce sílabas, conforme al trovar castellano de arte mayor en que Juan de Mena escribió el su *Laberinto de las trecientas coplas* y, porque aquella manera es tan conforme al verso suyo y también porque es más grave y de mayor resonancia, como convenía a tan grave autor, yo fice esta traslación en aquella forma de trovar que propiamente es verso heroico [...]. Así mesmo, es de saber que Dante escribe coplas de tercetos, que así los nombra el toscano [...]. Yo probé a los facer así en tercetos, la cual manera no es en nuestro uso. Y parecíame una cosa tan desdonada que lo dejé. Quedó el defecto ya dicho de faltar en cada terceto un pie para la media copla y dos pies en cada una entera. Estos yo acordé de los suplir [...].¹⁷

Aunque llamativa, la confesión del arcediano de Burgos no desafinaba aún a estas alturas del siglo XVI respecto de otras propuestas versificadoras de aquel entonces. Es cierto que ya sobraban intentos por adaptar la métrica italianizante por esas fechas y que incluso se habían dado traducciones del mismo Dante al catalán en *terza rima*, como la de Andreu Febrer, si bien en versos decasílabos. Pero la realidad era que la obra de Dante se veía, claro es, como una obra medieval, moralizante y alegórica, y que casaba mejor con los versos de Santillana y Juan de Mena, verdaderos paradigmas de la escuela alegórico-dantesca en la península. De ahí que nuestro traductor prefiriese el verso «grave» y «heroico» de las octavas a los “desdonados” tercetos. Boscán y Garcilaso aún estaban por venir. Visto desde una perspectiva posterior, la elección de Villegas, en cualquier caso, podría considerarse acertada si se tiene en cuenta la mencionada función política de la obra. No hay más que recordar que toda la poesía épica posterior, fundamentalmente la de corte propagandístico, panegírico, y que, al cabo, respaldaba la política expansionista de los Austrias, se escribió en esa misma estrofa.

¹⁶ *Ibid.*, I, 2, f. a4r

¹⁷ *Ibid.*, «Introducción», f. a3r.

En cuanto a la biografía de Dante Alighieri, finalmente, Fernández de Villegas no resulta nada original, sino que, por el contrario, se sirve con descaro de la vida que el humanista neoplatónico Crisóforo Landino había elaborado para su edición de la *Commedia* de 1481. Con todo, también en esta ocasión se va a permitir bastantes licencias, pues a menudo incluye en ella comentarios que no se encuentran en el original, que adapta tanto a las creencias de sus lectores como a las suyas propias. Pero tan relevante como este asunto, que veremos luego, es otro en el que apenas se detienen los estudios sobre traducción en el Siglo de Oro español. Me refiero a la costumbre que tenían aquellos traductores de obras clásicas de incluir la biografía de sus autores al inicio del volumen. Villegas deja claro el motivo:

Los interpretadores o glosadores de algún autor suelen permitir [‘antece-der’] su vida y costumbres, lo cual hacen también los que comentaron este notable poeta, que escriben su vida y virtuosas costumbres, especialmente el docto y muy elegante Cristóforo Landino, que mejor y más copiosamente que ninguno le comentó.¹⁸

El arcediano seguía, pues, a los grandes retóricos clásicos y a los posteriores comentaristas medievales, quienes habían aprendido de los anteriores ese *accessus ad auctores*, en el que siempre se informaba del autor y contenido de la obra. Respetando, por tanto, la práctica tradicional de la *enarratio poetarum*, Pedro Fernández de Villegas nos presentaba de este modo la vida de un poeta entronizado ya por suerte en el parnaso literario y al que, mediante ese mismo procedimiento, igualaba con los afamados clásicos de la Antigüedad.

Por otro lado, aunque no se tratase de un hecho que impulsara a nuestro traductor a incluir la biografía del poeta italiano en la obra, resulta curioso que, entre la vida de Dante y la de Fernando el Católico, a cuya hija iba destinada la obra, así como a ensalzar la política autoritaria de su padre, se diese una coincidencia muy llamativa, si hacemos caso a los cronistas de la época. Según se recoge en la vida del poeta toscano, su madre tuvo un sueño premonitorio poco antes de que naciera, en el que su hijo se mantenía de los cogollos del árbol bajo el que había nacido. Más tarde, siendo ya pastor y queriendo cortar sus ramas, caía en una fuente cercana, de la que salía convertido en pavón, dejando desde entonces de ser hombre. Según la interpretación de Boccaccio, añadía el arcediano luego, “ser pastor significa haber apacentado el mundo de su doctrina poética, filosófica y teologal. Y las hermosas y doradas péndolas del pavón significan sus graciosas y áureas sentencias”.¹⁹ En cierto modo, se trataba de un sueño premonitorio que anunciaba la futura grandeza de Dante, similar a otras señales providenciales que anunciaron la futura relevancia de los nacidos bajo su signo, como acaeció con los santos Tomás y Ambrosio, según afirmaba Fernández de Villegas, o

¹⁸ *Ibid.*, «De la vida y costumbres del poeta», f. a1r

¹⁹ *Ibid.*, «De la vida y costumbres del poeta», f. a2r.

como ocurrió con el propio Fernando el Católico, cuyo nacimiento vino precedido por la aparición de un cometa de siete colas, según las crónicas de la época.²⁰

Tras la narración del sueño que tuvo la madre de Dante, encontramos uno de los casos en los que el traductor manipula de manera consciente la vida compuesta por Landino, seguramente con la intención de acercarla a sus convicciones religiosas. En la redacción del humanista florentino, de hecho, se alude a otros prodigios, como el que afectó a la vida de Platón, a cuya boca, siendo niño aún, llevaban miel las abejas, con la que se simbolizaba la futura dulzura de su elocuencia: “Il perchè si legge che le ape portavano el mele nella bocca di Platone quando in età anchora infantile giacea nella culla. Il che pronosticò la futura suavità della sua eloquentia et della doctrina”.²¹ El pasaje, sin embargo, queda de este modo en manos de Fernández de Villegas: “En el santo doctor de suso nombrado, santo Ambrosio, acaeció lo del enjambre de las abejas, que estando en la cuna se le entraron en la boca”.²²

El hecho de que el arcediano de Burgos sustituyese aquí al filósofo Platón por un Padre de la Iglesia no podía ser casual, desde luego,²³ como tampoco debió de ser inocente su modo de glosar más tarde el cambio que Landino había anotado en el poeta italiano de una vida política a otra literaria. Según refería de nuevo el escritor de la Toscana:

Tentò con ogni industria el nostro poeta indurre concordia tra’ suoi cittadini, et restinguere le discordie, imostrando che tanto s’harebbono a extenuare le forze de’ guelfi, che darebbono a’ Ghibellini indubitata victoria; et finalmente non potendo rimediare fu suo consiglio lasciare l’administratio-ne publica et vivere in vita ociosa et literata.²⁴

Pedro Fernández de Villegas, por su parte, parece no mostrar interés por la posible victoria de los gibelinos, pues ignora esta alusión, mientras que amplifica y reinterpreta el cambio de Dante a la vida literaria mencionada por Landino: “Tentó Dante cuanto él pudo diversas veces la concordia y de amatar aquel fuego encendido y, no pudiendo,

²⁰ Véase Nicasio Salvador Miguel, «El prodigioso nacimiento de Fernando el Católico», en Juan Paredes (ed.), *De lo humano y lo divino en la literatura medieval: santos, ángeles y demonios*, Granada, Universidad de Granada, 2012, pp. 331-354

²¹ *Divina Commedia di Dante Alighieri col commento di Christophoro Landino*, «Vita e costume del poeta», 1481, f. a6r.

²² *La traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano*, «De la vida y costumbres del poeta», 1515, f. a2r.

²³ A este respecto, Hamlin («Fernández de Villegas y Landino, traducción y reapropiación, el caso de la dicotomía vida activa-vida contemplativa en el Comentario de la *Commedia*», art. cit., p. 434) señala también que Fernández de Villegas «se encargará en otros pasajes de borrar todo tipo de aseveraciones o interpretaciones que se derivan del neoplatonismo de Landino» y que «la tendencia de Villegas es manipular el texto fuente para acercarlo más ya sea a su propio paradigma ortodoxo-católico, ya a los cánones de la tradición literaria y cultural que lo rigen».

²⁴ *Divina Commedia di Dante Alighieri col commento di Christophoro Landino*, «Vita e costume del poeta», 1481, f. a6v.

quiso dejar el cargo y apartarse a vevir en vida ociosa de letras y contemplación divina”.²⁵

La vida “ociosa y literata” se había convertido, pues, en manos del arcediano en una “vida ociosa de letras”, donde la expresión preposicional “de letras» afectaba a «vida ociosa”, mientras que en italiano no dejaba de ser un adjetivo (“vida literata”) al mismo nivel que “ociosa”. Pero lo más llamativo en este caso era sin duda el añadido “y de contemplación divina”, ausente de nuevo en Landino, quien parecía aludir sin más a una vida apartada que permitiera a Dante el ejercicio de las letras.²⁶

En definitiva, aunque la vida de Dante que presenta el arcediano sigue muy de cerca la que Landino había compuesto en 1481, no son raras las ocasiones en que la reelabora para acercarla a su mundo y para encuadrarla en su propia tradición. Por lo demás, Dante aparece como un hombre intachable, casi desprovisto de defectos, hasta el punto de que si, tras la muerte de su amada, volvió a casarse, lo hizo por consejo de sus amigos, del mismo modo que si no abandonó la política tras sufrir diversos contratiempos, se debió también al ruego de sus más allegados en beneficio de la patria; aunque en este último punto sí se señala que pudo deberse también a “alguna ambición que en todas casas mora”.

Pasemos ahora a la vida de Petrarca y a las dos versiones que se presentan en este estudio. La más antigua corresponde a la edición de Antonio de Obregón, editada en Logroño en 1512. Se trata de hecho de la primera traslación completa al español de los *Triunfos* de Petrarca y lleva el título que sigue: *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano con el comento que sobre ellos se hizo*.²⁷ Como se indica en ese mismo rótulo, la traducción se acompañó del comentario que Bernardo Lapini, conocido también como Bernardo Illicinio, publicó en 1475. La segunda de ellas la compuso Hernando de Hoces en 1554 y se editó en Medina del Campo con el título siguiente: *Los Triunfos de Francisco Petrarca, ahora nuevamente traducidos en lengua castellana, en la medida y número de versos que tienen en el toscano y con nueva glosa*.

Entre ambas habían transcurrido cuarenta años que, sin duda, no cayeron en saco roto, pues no en vano muestran precisamente el cambio del gusto poético en España. De hecho, Antonio de Obregón traslada los *Triunfos* a un metro tradicional como la quintilla doble octosilábica. No hay que olvidar que un año antes acababa de publicarse el *Cancionero General* de Hernando del Castillo y que la adaptación de la métrica italianizante aún estaba por llegar. Obregón, por tanto, intentó adaptar la obra de Petrarca al gusto del público de la época, procurando así granjearse el aplauso y éxito de su traducción. Y a fe que lo consiguió, pues a la edición de Logroño de 1512, siguieron

²⁵ *La traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano*, «De la vida y costumbres del poeta», 1515, f. a2v.

²⁶ Hamlin, «Fernández de Villegas y Landino, traducción y reapropiación...», art. cit., p. 438.

²⁷ Ha sido editada recientemente por Roxana Recio (ed.), *La traducción en España. Siglos XIV-XVI*, León, Universidad de León, 1995.

otras como las de Sevilla de 1526 y 1532 o la posterior de Valladolid de 1541²⁸. Así lo justificaba el traductor en la carta que abre el volumen, dirigida al almirante de Castilla, don Fadrique Enríquez de Cabrera:

Procuré ir tan cerca del original en todo que por maravilla se hallará verso mío en castellano que no vaya declarado lo que mi poeta dice por sus vocablos toscanos, porque me pareció justa cosa ser yo intérprete tan fiel que no me quedase osadía de quitar ni poner en obra tan distilada y excelente, de cuya causa tuve por bien de esforzarme a no trovar tan galán en castellano como se pudiera hacer si me quisiera apartar tomando alguna licencia de lo toscano. Pero sé que escribo a vuestra muy magnífica Señoría, que es la fuente del saber, que bien se sabe, y que con su discreción y mi disculpa serán mis faltas muy bien perdonadas.²⁹

Antonio de Obregón, por tanto, se aparta en cierto modo de las teorías de traducción poética de la época, que apelaban al respeto de la métrica.³⁰ Pero es que su preocupación, como se ha dicho, era muy otra, a la que se unía la necesidad de que no se perdiera por el camino ninguna palabra del original, lo que venía facilitado por la elección de las quintillas y, en fin, el uso de mayor número de versos que en toscano. Por su parte, Hernando de Hoces, buscando con ello el mismo éxito que había procurado Obregón, decide a la altura de 1554 traducir ya la obra de Petrarca en endecasílabos. Tanto es así que Hoces no solo comenta que tras la llegada de Garcilaso y Boscán apenas quedaba ya en España a quien le gustase el verso tradicional octosilábico, sino que era ese mismo hecho el que lo había llevado a traducir ahora la obra de Petrarca en endecasílabos, pues muchos de sus amigos habían desechado leer la traducción de Obregón –que él por supuesto elogia–, por aquel motivo. Ni que decir tiene que la confesión de Hoces llevaba gran parte de verdad. Pero también parece evidente que con ella buscaba sin más una justificación, así como ganarse el aplauso del público lector:

Después que Garcilaso de la Vega y Juan Boscán trujeron a nuestra lengua la medida del verso toscano, han perdido con muchos tanto crédito todas las cosas hechas o traducidas en cualquier género de verso de los que antes en España se usaban que ya casi ninguno las quiere ver, siendo algunas, como es notorio, de mucho precio. Y como una de ellas y a mi parecer de las mejores fuese la traducción de los *Triunfos* de Antonio de Obregón, porque algunos amigos míos que no entendían el toscano no dejasen por esa

²⁸ La de Logroño vio la luz en la imprenta de Arnau Guillén de Brocar. Las de Sevilla fueron impresas por Juan Valera, a quien se debe también una impresión de los *Remedios contra próspera y adversa Fortuna* (impresa anteriormente en Valladolid, en 1510), cuya biografía de Petrarca se asemeja enormemente, como veremos luego, a la que incluye Obregón en los *Triunfos*. La de Valladolid se debe a Juan de Villalquirán.

²⁹ «Carta para el ilustrísimo y muy magnífico señor, el señor don Fadrique Enríquez de Cabrera...», *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, 1512, cit., f. a2r.

³⁰ Véase Roxana Recio, «Alfonso de Madrigal (El Tostado): La traducción como teoría entre lo medieval y lo renacentista», *La Corónica*, 19.2 (1991), pp. 112-131, y *La traducción en España. Siglos XIV-XVI*, ed. cit.

causa de ver una cosa de tanto valor como los dichos *Triunfos* son, en algunos ratos del pasado verano que para ello tuve desocupados hice otra nueva traducción, en la misma medida y número de versos que el toscano tiene.³¹

Está claro que Obregón, como recordaba Cortijo Ocaña,³² tuvo el acierto de ofrecer a sus lectores a un poeta ya entronizado en el olimpo literario, a los que presentó no solo un texto canónico, sino acompañado además del prestigioso comento de Bernardo Illicinio, con lo que las similitudes con los comentarios humanísticos a la *Divina Comedia* y con el mismo de Hernán Núñez a las *Trescientas* de Mena se hacían evidentes. En este sentido, hay que tener en cuenta que la obra surgió, como insiste Cortijo Ocaña, en un clima de rivalidad cultural entre lenguas vernáculas y en un contexto de primacías culturales que pasaban “por la canonización de la primeras figuras en lenguas nacionales”.³³

Petrarca aparecía así como modelo de prosa y verso, y cuya influencia, tanto en la poesía moral y amorosa como en la narración sentimental, no iba a tener parangón en la época. Por ello, cuando Obregón dedica la obra a Fadrique Enríquez, almirante de Castilla,³⁴ la presenta como modelo de virtudes muy convenientes para la formación de persona tan admirable como el propio almirante castellano:

como se me ofreció la voluntad y deseo de vuestra Señoría tan conforme a lo que yo más quería y deseaba, que era comunicar obra de tanto valor, utilidad y excelencia a los de nuestra nación castellana, tanto me obligué [...], demás de haber yo justamente juzgado a vuestra Señoría por verdadero blanco a quien los *Triunfos* se enderezasen, así por las virtudes de dentro como por las obras con que vuestra Señoría de fuera las pone en ejecución.³⁵

No hay que olvidar a este respecto el trasfondo didáctico-moral de los *Triunfos*. De ahí que, con el tiempo, su atención decayese en favor del *Cancionero* petrarquista, al verse aquella como una obra medievalizante y menos moderna. Con todo, siguió gozando de gran éxito y, pese a lo dicho, apareció en el Índice de Gaspar de Quiroga –seguramente por la crítica que Petrarca había vertido sobre la corte de Aviñón–, según

³¹ *Los Triunfos de Francisco Petarca ahora nuevamente traducidos*, 1554, fol.a2r.

³² Antonio Cortijo Ocaña, «Preliminares», en *Francisco Petarca con los seys Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo (1512)*, Roxana Recio (ed.), *eHumanista*, Santa Bárbara, 2012, pp. I-IV, pp. III-IV, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_ah/files/sitefiles/publications/monographs/Recio.pdf.

³³ *Ibid.*, p. III.

³⁴ La relación con el almirante, así como la propia biografía de Obregón es apenas conocida. En la edición de 1512, uno de los títulos se refiere al autor como «capellán del rey». Hélène Rabaey, «Aclaraciones biográficas en torno al humanista leonés Antonio de Obregón», *Minerva*, 23 (2010), pp. 251-259, lo identifica con un Antonio de Obregón, canónigo de León, aunque, en opinión de Roxana Recio («Introducción», en *Francisco Petarca con los seys Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo (1512)*, cit.) no aporta ningún dato que confirme su condición de capellán real.

³⁵ *Francisco Petarca con los seis Triunfos de toscano*, cit., f. a2r

muestran muchos ejemplares de los *Triunfos* conservados en España y América, como el que custodia la Biblioteca Real: “Expurgose por comisión de los señores inquisidores de Toledo, en Oropesa, a diez de abril de mil y seiscientos y trece”.³⁶

En cuanto a la vida de Petrarca compuesta por este supuesto capellán del rey y a las razones que pudo tener para incluirla al frente de su traducción de los *Triunfos*, a buen seguro que no distaban de las que llevaron a otros tantos escritores de la época a hacer lo mismo. Por un lado, Petrarca y sus obras se presentaban como paradigma para los poetas de la época. Su biografía ejemplificaba además no solo al hombre respetuoso con los padres, sino al hombre enamorado y espiritual a la vez, y al hombre que supo preservar su honradez en una época políticamente convulsa y similar a la española de inicios del siglo xvi. Por otro lado, Obregón la incluyó, como sabemos, siguiendo la costumbre de los comentaristas medievales y clásicos, y así lo explica el propio traductor al inicio de los preliminares: “Es universal costumbre de los antiguos, señor muy ilustre, considerar muchas cosas con diligencia en el principio de sus libros [...], por esto diré cuatro cosas que más a nuestro propósito hacen: la primera será el sujeto y materia de esta obra; la segunda, la utilidad de ella; la tercera, el nombre del autor y del libro...”.³⁷

Antonio Obregón seguía en ello su modelo, el comentario que Bernardo Lapini había publicado en 1475, quien había dividido igualmente en cuatro secciones el *accessus ad auctores*: “Universale sententia è da gli antichi e optimi expositori aprovata doversi nei principio de libri piu cose cose diligentemente considerare [...]. Imperho di quelle molte, quatro solamente al proposito ci sforzaremo di explanare. La prima, qual sia el suggeto e materia del libro. La seconda, la utilità de esso. La terza, el nome del libro e l’auctore...”.³⁸ La traducción resulta bastante literal y, como cabría esperar, también lo iba a ser la parte que correspondía concretamente a la vida de Petrarca, compuesta por el humanista italiano, si bien es verdad que en ella nuestro traductor se tomó ciertas licencias, bien porque no le interesaran algunos asuntos en los que se detuvo Lapini, alejados quizá de las preocupaciones de los lectores españoles, bien porque siguiese para alguna cuestión a otros biógrafos.³⁹ Lo cierto es que, en no pocos pasajes, Obregón no sigue al pie de la letra su principal fuente, según parece, sino que la adapta y parafrasea cuando le conviene para hacerla más atractiva y adecuada al público y a las creencias de la época.⁴⁰

³⁶ *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, cit., f. a1v. No fue esta la única obra de Petrarca que se censuró. El *De remediis* e incluso los sonetos llegaron a expurgarse, como muestran, entre otros, los ejemplares que pertenecieron a Diego de Covarrubias. Véase Carmen Codoñer, «Francisco Petrarca, *Il Petrarca con la spositione di M. Giovanni Andrea Gesualdo*. Venetia 1553. (BGH 137407)», en Inmaculada Pérez Martín y Margarita Becedas González (coords.), *Diego de Covarrubias y Leyva. El humanista y sus libros*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2012, pp. 283-284.

³⁷ *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, cit., f. a2v.

³⁸ *Opere del preclarissimo poeta misser Francescho Petrarca con el commento de misser Bernardo Lycinio sobre Triumpho*, 1515, f. a1v.

³⁹ Por ejemplo, comenta que Petrarca nació “a veinte días del mes de julio”, y no, como “algunos dicen primero de agosto”. Precisamente, Bernardo Lapini había señalado “In kalende de agosto”, es decir, el primer día de ese mes.

⁴⁰ Cabe, no obstante, la posibilidad de que se sirviese de alguna de las ediciones que no he tenido posibili-

Por otro lado, esta vida de Francisco Petrarca se asemeja enormemente a la que Francisco de Madrid, arcediano del Alcor, incluyó en su edición de los *Remedios contra próspera Fortuna*, impresa en Valladolid por Diego Guimiel en 1510. No obstante, se notan diferencias entre ellas. No creo, a decir verdad, que Antonio de Obregón rehiciese la traducción del arcediano, pues no tuvo mucho tiempo para ello. Antes bien, las divergencias parecen indicar que ambos tradujeron una misma fuente, el comento de Bernardo Lapini, y que aquellas respondían al particular modo de traducir de cada uno de ellos. Valga como pequeño botón de muestra, y también como curiosidad, el inicio de ambas traducciones, cuyas diferencias, muy llamativas, afectan en este caso al modo de describir las fechas (“año de nuestra salud”, frente a “año del parto de la Virgen”)⁴¹ o a la modernización del léxico utilizado por el arcediano del Alcor (“bazo” frente a “moreno” o “turar” frente a “durar”):

Antonio de Obregón: “Francisco Petrarca fue de antiguo y noble linaje. Su padre fue llamado Petarco y su madre Leta, naturales de Florencia, personas menos ricas que virtuosas. Fue natural de Arecio, que es una ciudad sujeta a Florencia, puesto que por paternal origen se puede llamar florentín, siendo nacido en Arecio accidentalmente por el destierro en que a la sazón sus padres estaban en el año del parto de la Virgen de mil y trescientos y cuatro años, lunes, a veinte días del mes de julio, puesto que algunos dicen primero de agosto. Fue hombre de buena disposición corporal: los ojos muy vivos y muy turable vista”.⁴²

Francisco de Madrid: “Fue Francisco Petrarca de antiguo y noble linaje. Su padre fue llamado Parencio o, como otros dicen, Petarco, y su madre, Leta. Fueron naturales de Florencia, personas honestas, no tan abundantes de hacienda como de buena fama. Nació en Arecio, ciudad sujeta a Florencia, donde a la sazón sus padres estaban desterrados, en el año de nuestra salud de mil y trescientos y cuatro años, lunes a veinte días del mes de julio. Fue hombre de buena disposición corporal, de color moreno, los ojos muy vivos y de buena vista, la cual le duró mucho tiempo”.⁴³

En el prólogo de esta versión de Francisco de Madrid, encontramos precisamente las mismas razones para incluir la vida del autor que en la introducción de Antonio de Obregón: “Suelen, muy excelente señor, los que algún libro glosan o de una lengua en

dad de consultar, pues he podido comprobar que difieren entre ellas y no existieron pocas. Entre 1475 y 1497, hubo al parecer once ediciones, según Angelo Solerti, *Le vite di Dante, Petrarca e Boccaccio scritte fino al secolo decimosesto*, Milán, Dottor Francesco Vallardi, 1901, p. 339.

⁴¹ En este caso, Francisco de Madrid parece seguir la fuente de un modo más literal, puesto que, en la primera edición de Lapini (1475), el italiano dice “negli anni de l’età nostra”, que bien podría traducirse por “en el año de nuestra salud”. En la edición de 1515, por ejemplo, la versión de Lapini dice, en cambio, “In questa ultima età del nostro Signore Iesu Christo”, más próximo si se quiere a la versión de Obregón (“en año del parto de la Virgen”), que resulta una curiosa adaptación en cualquier caso.

⁴² *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano*, 1512, f. a2v.

⁴³ Francisco Petrarca, *De los remedios contra Próspera e adversa Fortuna*, 1510, f. a4r.

otra le trasladan, ante todas las cosas, contar la vida del autor del tal libro”.⁴⁴ Se trata, por tanto, de un uso tradicional, en el que los traductores del siglo xvi seguían las costumbres de los comentaristas clásicos y medievales, asemejando y situando de este modo a la misma altura a los autores que ellos traducían con los escritores de la Antigüedad, comentados por los famosos gramáticos y retóricos de aquel entonces.

En cuanto a la versión de Hernando de Hoces, cuyo nombre solo aparecía en el privilegio de impresión de la obra, estaba dedicada a Juan de la Cerda, duque de Medinaceli, del que Hoces era criado, según se lo denominaba en ese mismo documento.⁴⁵ Además de la importancia de su traducción por verter, como sabemos, los versos de Petrarca al endecasílabo, resultan también de gran interés las explicaciones que ofrece en la carta “al lector” acerca de las dificultades con las que se había encontrado para llevar a cabo aquella adaptación.⁴⁶ Así, comenta la necesidad de quitar algunas palabras del original para mantener la medida del verso, o de cambiarlas, ya que, a diferencia del español, insiste Hoces, muchas de ellas acaban en italiano en vocal, “siendo muy pocas las que tienen acento en la última”, “de cuya causa (el verso) había de llevar una sílaba menos”.⁴⁷ Con todo, confiesa luego que prefirió aventurarse a utilizar el endecasílabo en su traducción, pese a los muchos inconvenientes, para no contradecir “la opinión de tantos [...], puesto caso que no es justo que ninguno condene por malo aquello que don Diego de Mendoza, y el secretario Gonzalo Pérez, y don Juan de Coloma, y Garcilaso de la Vega, y Juan Boscán y otras muchas personas doctas tienen aprobado por bueno”.⁴⁸

Por su parte, la vida de Petrarca que presenta Hernando de Hoces se diferencia bastante de la de Obregón, esta última más extensa y completa. Además, si Antonio de Obregón omitió en su biografía casi todas las alusiones a la división entre los güelfos y los gibelinos, Hoces la enmarca precisamente en esas luchas partidistas. Es más, la historia de la vida Petrarca y la propia contienda en que la engloba, la remonta a una curiosa disputa que mantuvieron los hijos de dos vecinos de Pistoya, localidad cercana a Florencia, uno de los cuales había llegado a herir al otro en la mano. Según nos cuenta luego, yendo más tarde a pedirle perdón por consejo de su padre, ocurrió que, lejos de lo que cabría esperar, el padre del lesionado decidió no solo no perdonar al muchacho arrepentido, sino que le pidió incluso a sus criados que le cortasen la mano.

⁴⁴ *Ibid.*, f. a4r.

⁴⁵ Al parecer, Hernando de Hoces estuvo junto a otros cuatro acusados, pertenecientes todos a la clase alta, en la cárcel de Valladolid en el año 1550 por dedicarse al juego. Véase Narciso Alonso Cortés, «Un traductor de Petrarca en la cárcel», *Miscelanea vallisoletana*, 1 (1955), pp. 535-540.

⁴⁶ Sobre la teoría de la traducción mostrada por Hoces, véase Roxana Recio, «Hernando de Hoces: el último traductor castellano de los *Triunfos* de Petrarca», *Romanica Vulgaria Quaderni*, 15 (2003), pp. 245-255.

⁴⁷ *Los Triunfos de Francisco Petrarca ahora nuevamente traducidos*, 1554, f. a8v.

⁴⁸ *Ibid.*, f. a8v. También explica luego que mandó revisar su traducción a Alejo Venegas, con quien desconozco si llegó a establecer algún vínculo personal e incluso familiar, ya que su nieta se llamó Isabel Méndez de Sotomayor y Venegas de Hoces, quien se casó con Alonso Suárez de Góngora, siempre y cuando nuestro traductor sea Hernando de Hoces, jurado de Córdoba (Colección Salazar y Castro, RAH, Ms. 9/306, f. 180v.).

Se trata de un llamativo relato que no responde al menos a ninguna de las más de treinta biografías de Petrarca que recoge Solerti y ni a ninguna otra más que haya podido consultar.⁴⁹ No obstante, tras la finalización de aquella historia, la biografía de Petrarca sigue, según he tenido oportunidad de comprobar, la vida del poeta italiano que había compuesto Alejandro Velutello,⁵⁰ cuyo comentario Hoces conocía con seguridad, pues lo cita en algún momento de la introducción, donde confiesa incluso haberse servido de él para elaborar su nueva glosa de los *Triunfos*: “Asimismo, le puse nuevo comento, no tan breve como el de Alejandro Vellutello, ni tan largo en muchas cosas como el Bernardo Illicinio, sino tomado a pedazos de ambos, quitando algo de lo que parecía superfluo y añadiendo lo que en mi juicio era muy necesario”.⁵¹

Por lo demás, esa parte de la vida de Petrarca compuesta originalmente por Vellutello que sigue Hernando de Hoces conviene a la perfección con el relato sobre las disputas entre jóvenes con el que la había iniciado, pues, a diferencia de la extensa biografía de Lapini adaptada por Antonio Obregón, esta resulta mucho más anecdótica y llena de peripecias, y casi más parecida a un relato bizantino en algunos momentos que a una seria biografía. No en vano, se alude en ella al tiempo que la madre de Petrarca permaneció adormecida en el parto, hasta el punto de que los médicos la dieron por muerta, de donde dijo Petrarca que “primero que naciese había comenzado a morir”, o a la caída al río de un caballo en el que iba montado el futuro escritor, siendo aún niño, por donde “pasó grandísimo peligro de ser ahogado”; o también al hundimiento del barco que llevaba al poeta a Marsella junto a sus padres, “de manera que con grandísima dificultad se pudieron salvar”, por lo que “antes que naciese y después en los muy tiernos años, comenzó a probar los miserables golpes de la fortuna”.⁵² Incluso la narración del primer encuentro de Petrarca con su amada Laura se redacta en términos mucho más literarios y llenos de detalles que en otras biografías, como ocurre con la alusión a la fresca pradera, en la que Laura, a la sombra de unos árboles, había de sen-

⁴⁹ Angelo Solerti, *Le vite di Dante, Petrarca e Boccaccio scritte fino al secolo decimosesto*, op. cit. La fuente de esta historia no era, de hecho, ninguna vida de Petrarca escrita hasta entonces, pues el propio Hoces había comentado ya que la pelea de jóvenes que originó la división entre güelfos y gibelinos se podría “ver muy particularmente en las *Historias florentinas* y aun en otras muchas partes”. Y en efecto, Nicolás Maquiavelo la recoge en el capítulo cuarto del libro segundo de sus *Historias florentinas*, publicadas entre 1520 y 1525. También la refleja más tarde la obra de Gonzalo de Illescas, *Historia Pontifical y católica en la cual se contienen vidas y hechos notables*, Burgos, Martín de Victoria, 1574, p. 374r-v.

⁵⁰ Valga el ejemplo que sigue para demostrarlo, en el que se narra el tiempo que la madre de Petrarca estuvo adormecida antes de dar a luz. Según la versión de Hoces, “Escribese que siendo su madre llegada a los dolores del parto, estuvo por gran espacio adormecida, de suerte que de los médicos verdaderamente fue tenida por muerta. Y por tanto dice Petrarca que primero que naciese había comenzado a morir” (*Los Triunfos de Francisco Petrarca ahora nuevamente traducidos*, 1554, f. a3v), mientras la de Vellutello dice: “Ma prima che nascesse, secondo ch’egli stesso in una sua epistola referisce, essendo la madre nei dolori del parto stette per grande spatio ch’anchor da medici fue tenuta per morta, onde dice esser prima que nascesse, cominciato a perire” (*Il Petrarca con l’espositione D’Alessandro Vellutello*, 1550, f. a3v).

⁵¹ *Los Triunfos de Francisco Petrarca ahora nuevamente traducidos*, 1554, f. a8v.

⁵² *Ibid.*, ff. a3v-a4r.

tarte por cansancio del largo camino que había recorrido para asistir a misa desde una localidad vecina. La biografía, en este sentido, no tiene desperdicio.

Queda, por último, tratar de la vida de Ludovico Ariosto, que acompañó a la traducción española del *Orlando Furioso* en la edición de Bilbao de 1583, impresa por Matías Mares con el siguiente título: *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española por don Jerónimo de Urrea*. En él, además, se avisan de las novedades incorporadas, pues continúa de este modo: *Lleva esta impresión la vida de Ludovico Ariosto y a cada canto anotaciones en que se declaran los lugares dificultosos, nuevamente traducidas de dicha lengua toscana, con otras muchas curiosidades que se hallarán en la plana tercera*. Es de notar también que, junto a la traducción de la *Comedia* de Dante de Pedro Fernández de Villegas y frente a las versiones de Petrarca perpetradas por Antonio de Obregón y Hernando de Hoces, el nombre del traductor, Jerónimo de Urrea, aparece aquí en un lugar preferente como la portada de la obra.⁵³ Y es que, a estas alturas de siglo, la conciencia autorial de traductores, intérpretes e incluso editores estaba acabando de asentarse. De ahí también, seguramente, la insistencia en las numerosas novedades que incluía la edición, que se recogían desde el mismo título de la obra y que volvían a desglosarse al inicio del ejemplar.

De la versión de Jerónimo de Urrea, editada por primera vez en 1549, no queda apenas nada por decir que no haya sido abordado ya en numerosos estudios. La razón es bien sencilla: su éxito fue espectacular y era lógico que la importancia que alcanzó con el tiempo atrajese la mirada de todos desde muy pronto. De ello hablan la docena de ediciones de la traducción que vieron la luz en pocos años, siete de ellas, además, con variantes significativas en el texto o paratextos: Amberes (1549), Lyon (1550), Venecia (1553), Amberes (1554), Venecia (1575), Salamanca (1578) y, finalmente, Bilbao (1583).⁵⁴ No en vano, como recuerda María de las Nieves Muñiz, la traducción de Urrea no solo fue la vía de acceso al poema de Ariosto en España, sino un producto naturalizado y convertido rápidamente en vulgata, como muestra el saqueo a que lo sometieron los

⁵³ Hay que recordar que Hernando de Hoces aparece únicamente en el privilegio de impresión de la obra, que firma el secretario Juan Vázquez por mandado del rey y que comienza: "Por cuanto por parte de vos, Hernando de Hoces, criado del duque de Medinaceli, nos ha sido fecha relación que vos tenéis una traducción nuevamente fecha de los *Triunfos* de Petrarca de la lengua toscana en romance castellano en la misma medida y número versos que tiene en toscano..." (*ibid.*, f. 1v). En el caso de Antonio de Obregón, su nombre aparece en el colofón: "Fue fecho este comento con el de los otros triunfos por el egregio médico y filósofo Bernardo Illicio en su lengua italiana y fueron tornados en nuestra lengua castellana por mano de Antonio de Obregón" (*Francisco de Petrarca con los seis Triunfos de toscano sacados en castellano*, 1512, f. 165v).

⁵⁴ A ellas hay que sumar, hasta contabilizar las doce, las ediciones de Lyon (1556), Amberes (1558), Barcelona (1564) y Medina del Campo (1572) y Toledo (1583). Véase sobre este asunto la información que proporciona en línea el magnífico Proyecto Boscán, donde se edita con hipertexto el *Orlando Furioso* (<http://stel.ub.edu/orlando/>).

autores de romances,⁵⁵ al igual que había ocurrido ya con los *Triunfos* de Petrarca y nuestros poetas cancioneriles.⁵⁶

La suerte de la obra de Ariosto en España es de sobra conocida y ahí están los casos de Góngora y Cervantes para demostrarlo, por citar dos casos significativos.⁵⁷ No es extraño, por tanto, que Jerónimo de Urrea le dedicara su obra al príncipe Felipe, como libro que “trata de altos hechos y de heroicas y grandes empresas”,⁵⁸ y menos aún que el editor de Bilbao dedicase a Juan Fernández de Espinosa, tesorero general de su Majestad, todas las nuevas anotaciones y añadidos que se incluían en la impresión, como novedoso «tesoro» que la acompañaba: “El tesoro de ella, que consiste en las declaraciones que en las anotaciones se hacen y en las otras curiosidades que de nuevo lleva, se debía a vuestra merced, que tiene tal oficio y del mismo a quien va dedicada la obra”.⁵⁹ Del mismo modo que tampoco sorprendía, viendo su tremenda difusión, que hasta el mismo Arias Montano arremetiese contra lectura y edición de Orlandos, Esplandianes y Palmerines.⁶⁰

De la traducción de Jerónimo de Urrea, en fin, recodaré tan solo que el propio autor, como otros anteriormente, suprimió y adaptó diversas estrofas para adecuarlas al contexto español, según explica al inicio de la obra. No obstante, al margen de unas pocas octavas, en las que Urrea omitió o añadió tal o cual referencia con la finalidad de evitar lugares embarazosos o alabar las glorias patrias, como recuerda Muñiz, fue el traductor que consiguió mayor afinidad de metro, ritmo y rimas entre sus competidores, aunque las sucesivas estampaciones de la obra no le ayudaron mucho, plagadas desde el inicio de errores y arreglos arbitrarios.⁶¹

Por lo que respecta a la edición de Bilbao de 1583, donde se incluye por primera vez la vida de Ariosto, hay que decir que presenta un paratexto final que, en mi opinión, encierra no poco valor. Me refiero a la aprobación de las novedades que acogía la impresión, que firma nada menos que Alonso de Ercilla y que dice:

Yo he visto por mandado de los señores del Consejo las advertencias, declaración y anotaciones que van añadidas en este libro de Ariosto, las cuales son buenas y necesarias para el entendimiento de él, y por tales andan impresas en otras lenguas. Y en la nuestra de Castilla no serán de menos utilidad y gusto para los curiosos. Así que me parece que se deben de

⁵⁵ Muñiz en Ariosto, Ludovico, *Orlando furioso*, Marías de las Nieves Muñiz Muñiz y Cesare Segre (eds.), Madrid, Cátedra, 2002, pp. 35-45, p. 35. Con algunos cambios, en http://stel.uv.es/orlando/axius/Editar_traducion_urrea-Muniz.pdf.

⁵⁶ Roxana Recio, «Los *Triunfos* de Petrarca en los cancioneros: rastros de un género olvidado», en Marta Haro Cortés, Rafael Beltrán, José Luis Canet y Héctor H. Gassó (coords.), *Estudio sobre el Cancionero General (Valencia, 1511): poesía, manuscrito e impreso*, Valencia, Universidad de Valencia, 2012, pp. 349-370.

⁵⁷ Para la fortuna española de la obra ariostesca, sigue siendo fundamental el tratado de Chevalier (1966).

⁵⁸ *Orlando Furioso de M. Ludovico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española*, 1583, f. 3r.

⁵⁹ *Ibid.*, f. 4r.

⁶⁰ Benito Arias Montano, *Retoricorum Libri III*, 1569, p. 64.

⁶¹ Muñiz en Ariosto, Ludovico, *Orlando furioso*, Marías de las Nieves Muñiz Muñiz y Cesare Segre (eds.), Madrid, Cátedra, 2002, pp. 35-45.

imprimir con el mismo libro sin alterar la ortografía, la cual algunas veces, por la medida del verso se permite no guardar la castidad que en la prosa se requiere.⁶²

Es muy posible que el encargo del Consejo no fuese casual y que Ercilla, como poeta épico, estuviese atento a las novedades que salían al mercado en ese terreno. La aprobación entroncaría de este modo con una cuestión que ya había hecho notar Elizabeth Davies:⁶³ los autores y lectores de épica española procedían llamativamente de las filas de soldados, capitanes, nobles y caballeros que no solo contaron la guerra, sino que además fueron soldados o conocieron las campañas imperiales de forma directa. Por supuesto, pese a que la tesis se avenía acertadamente con la situación del propio Alonso de Ercilla y con la de otros muchos, como Rufo, Virués, Camoens, Garrido de Villena, Jiménez de Ayllón o Nicolás Espinosa, no podía afirmarse tampoco que todo escritor épico perteneciese sin discusión a los estamentos vinculados al poder, como la nobleza o la milicia. Pero ello no contradecía que la asociación entre los valores de la épica y el gusto lector resultara lógica, pues existía una estrecha relación entre ambos. La épica podría entenderse entonces como una práctica social o gremial, que exigía también una lectura gremial o de clase, y el hecho de que Alonso de Ercilla aprobase precisamente la obra de referencia para los poetas épicos españoles hasta la aparición en escena de Tasso parecía demostrarlo. Pero esto es, en cualquier caso, harina de otro costal.

Volviendo, pues, a la edición impresa por Matías Mares en Bilbao en 1583, se trata de la primera traducción del *Orlando* que incluyó la vida de Ludovico Ariosto, más en concreto la que había compuesto el humanista italiano Giovan Battista Pigna a mediados del siglo XVI. En esta ocasión, además, no hacía falta ningún esfuerzo para demostrarlo, pues el rótulo que antecedía a la edición española de la biografía así lo anunciaba: “Vida de M. Ludovico Ariosto que escribió el señor Juan Baptista Pinna”. Su traductor, por otro lado, no podía ser ya Jerónimo de Urrea, a quien pertenecía la versión del *Orlando*, entre otros motivos porque había fallecido ya hacía tiempo para el año 1583. En efecto, se debía al impresor y traductor del Polidoro Virgilio, Vicente de Millis, según se sabe por la licencia de impresión que cerraba el volumen y que seguía a la aprobación de Alonso de Ercilla:

Por cuanto por parte de vos, Vicente de Millis Godínez, estante en nuestra corte y vecino de Salamanca, nos fue hecha relación diciendo que vos habiades traducido de lengua toscana en española las adiciones que habían hecho al *Orlando furioso* Gerónimo Russelli, y Tomas Porcachi, Ludovico Dolce y Nicolao Eugenio, y la vida de Ariosto que había compuesto Ioan Baptista Pinna [...], en lo cual habiades gastado mucho tiempo y hacienda,

⁶² «Licencia», *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española*, 1583, f. 306v.

⁶³ Elisabeth B. Davies, «Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro», en Begoña López Bueno (dir.), *En torno al Canon: aproximaciones y estrategias*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2005, pp. 317-332.

y era obra provecha, y nos suplicastes la mandásemos ver y daros licencia para la imprimir [...], os damos licencia y facultad para que por esta vez podías hacer imprimir en estos nuestros reinos el dicho libro [...].⁶⁴

Su traducción es bastante fiel a la *vita* compuesta por Pigna, aunque a menudo Millis suele abreviar u omitir pasajes que, en realidad, responden más a divagaciones o disputas superfluas que a datos concretos de la biografía de Ariosto. Así ocurre en el mismo inicio de la biografía, donde Battista Pigna comenta:

Coloro che vogliono che la familia de gli Ariosti habbia origine da gli Aristiini o da gli Ariovisti, da niuna viva ragione indotti sono in cosí fato perere. Percioche altro non si trova, se non ch'ella é stata antica in Bologna, ove oggi parimente mantiene la su nobilità. Mai primi che da quella città à Ferrara la trasferirono, furono alcuni parenti di Lippa Ariosta, la qual fu presa per moglie dal marchese Obizzo Terzo da Este»;⁶⁵

mientras que la traducción de Millis comenta de forma más abreviada que:

La casa y familia de los Ariostos en Bolonia fue muy antigua y noble, donde hasta el día de hoy permanecen en su nobleza. Los que primero la mudaron de Bolonia a Ferrara fueron ciertos parientes de Lippa Ariosta, mujer que fue del marqués Obizo III de Este.⁶⁶

Del mismo modo, cuando Pigna refiere que de los nueve hermanos, cuatro varones y cinco hembras, que tuvo Ariosto solo sobrevivía para la fecha Alejandro, le dedica unas breves líneas a cada uno de los cuatro varones, que Vicente de Millis prefiere suprimir o resumir para centrarse en los datos del protagonista, como ocurre con las alusiones de Pigna a los tiempos oscuros, a la época del Pontificado, a las comparaciones con Platón, a los elogios exagerados de sus conocimientos, a sus amistades en la corte, a los motivos por los que compuso el *Orlando* y a otras muchas cuestiones que el italiano redacta por extenso. (306v).

En otras ocasiones, cambia de manera consciente el original, bien porque prefiera adaptarlo a su propio contexto, bien porque la referencia no quede clara en la traducción. Por ejemplo, cuando Pigna refiere que Ariosto sirvió de embajador para el duque “alla corte de la Cesarea Maestà e alla corte del Re cristianissimo”,⁶⁷ Millis prefiere

⁶⁴ «Aprobación», en *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española*, 1583, f. 306v.

⁶⁵ «La vita di M. Ludovico Ariosto, tratta in compendio da i romanzi del signor Giovan Battista Pigna», en *Orlando Furioso di M. Ludovico Ariosto, tutto ricorretto et di nuove figure*, 1560, f. 5r.

⁶⁶ *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española*, 1583, f. a4v.

⁶⁷ «La vita di M. Ludovico Ariosto...», en *Orlando Furioso di M. Ludovico Ariosto, tutto ricorretto et di nuove figure*, 1560, f. 5r.

traducir que Ariosto había ido: “con embajadas del dicho duque al Emperador y al rey de Francia”,⁶⁸ trasponiendo el superlativo “cristianísimo” por el país “de Francia”, posiblemente porque en aquellas fechas no podía haber rey más cristiano que Felipe II.

Por último, añade también alguna cuestión de su propia cosecha, las menos realmente, puesto que, como acabamos de comentar, suele sintetizar en la mayoría de los pasajes la vida más extensa en detalles de Battista Pigna. Es el caso de la alusión a Carlos V, que no se encuentra en el original y que Millis añadió posiblemente para hacerla más cercana al lector español, que apenas conocería los personajes citados por el italiano. Así, comenta que:

Estando en la corte imperial, tuvo amistad con la mayor parte de los príncipes y señores italianos que la seguían, y particular familiaridad con el marqués del Vasto, y sobre todos con los cardenales Sadoletto y Bembo, a los cuales tuvo siempre gran respeto. Un año antes que muriese, fue coronado de laurel en la ciudad de Mantua por el emperador Carlos V con gran favor y aplauso de toda la corte imperial.⁶⁹

La versión de Pigna, por su parte, se detenía en más detalles, pero nada decía del rey español:

A questo modo egli, e componendo e servendo alla corte, fece acquisto di molte amicitie di molti gran signori, como già prima fatto havea del cardinale Giovanni, e quali di ttuti gli altri de’Medici e del cardinale di Mantova del Campeggio e del Farnese, fece la doppio del Salviati. Era carissimo a tutta la corte d’Urbina, che de’primi huomini del mondo fioriva e carissimo al marchese del Vasto e alla miglior brigatta, ch’egli con seco havebbe e da lui favor e doni hebbe, senza che vi pensasse. Et quanto à i detti huomini, facea egli grande stima di due, ch’egli in un sol verso rinchiuse, ch’è Iacobo Sadoletto e Pietro Bembo.⁷⁰

En definitiva, pues, Vicente de Millis siguió las mismas pautas, en líneas generales, que los traductores de las vidas de Dante y Petrarca; es decir, que mostraba fidelidad al original, pero lo adaptaba asimismo, cuando convenía en el contexto o bien no casaba con su cultura y costumbres.

⁶⁸ *Orlando Furioso* de M. Ludovico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española, 1583, f. a4v.

⁶⁹ *Ibid.*, f. a5r.

⁷⁰ «La vita di M. Ludovico Ariosto...», en *Orlando Furioso* di M. Ludovico Ariosto, tutto ricorretto et di nuove figure, 1560, f. 5v.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Alighieri, Dante (1515): *Traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano, por el reverendo don Pero Fernández de Villegas, arcediano de Burgos...*, por mandado de la muy excelente señora doña Juan de Aragón, Burgos, Fadrique Alemán de Basilea.
- Alonso Cortés, Narciso (1955): «Un traductor de Petrarca en la cárcel», *Miscelanea vallisoletana*, 1, pp. 535-540.
- Alvar, Carlos y José Manuel Lucía Megías (2009): *Repertorio de traductores del siglo xv*, Madrid, Ollero y Ramos.
- Andreu, Maribel (1998): «Traducir el italiano de Dante en la Castilla del siglo xvi: el Infierno según Pedro Fernández de Villegas», en Pilar Orero (ed.), *Actes del III Congrés Internacional sobre traducció*, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, pp. 293-302.
- Arce, Joaquín (1965): «La lengua de Dante en la Divina Comedia y en sus traductores españoles», *Revista de la Universidad de Madrid*, xiv, pp. 9-48.
- Ariosto, Ludovico (1560): *Orlando furioso di M. Ludovico Ariosto, tutto ricorretto et di nuove figure, con le annotationi, gli avvertimenti e gli dichiarazioni di Girolamo Ruscelli. La vita dell'autore, descritta dal signore Giovan Battista Pigna...*, Venecia, Vincenzo Valsigri.
- (1583): *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española*, trad. Jerónimo de Urrea, Bilbao, Matías Mares.
- (2002): *Orlando furioso*, Marías de las Nieves Muñiz Muñiz y Cesare Segre (eds.), Madrid, Cátedra.
- Cayuela, Anne (2009): «*Adversa cedunt principi magnánimo*. Paratexto y poder en el siglo xvii», en M. Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Moner (eds.) *Paratextos en la Literatura Española. Siglos xv-xviii*, Madrid, Casa Velázquez, pp. 379-319.
- Codoñer, Carmen (2012): «Francesco Petrarca, *Il Petrarca con la spositione di M. Giovanni Andrea Gesualdo*. Venetia 1553. (BGH 137407)», en Inmaculada Pérez Martín y Margarita Bece-das González (coords.), *Diego de Covarrubias y Leyva. El humanista y sus libros*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, pp. 283-284.
- Cortino Ocaña, Antonio y Julian Weiss (2002): «Hernán Núñez de Toledo, Las 'Trezientas' del famosísimo poeta Juan de Mena con glosa. Criterios y objetivos de esta edición electrónica», *eHumanista*, 2, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/publications/trescientas/0%20introduction.pdf.
- Cortijo Ocaña, Antonio (2012): «Preliminares», en *Francisco Petrarca con los seys Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo (1512)*, Roxana Recio (ed.).
- Chauchadis, Claude (2009): «Paratexto y autoría en el *Flos Sanctorum* renacentista», en M. Soledad Arredondo, Pierre Civil y Michel Moner (eds.), *Paratextos en la Literatura Española. Siglos xv-xviii*, Madrid, Casa Velázquez, pp. 307-319.
- Chevalier, Maxime (1966): *L'arioste en Espagne (1530-1650). Recherches sur l'influence du «Roland furieux»*, Bordeaux, Institut d'études ibériques et ibéro-américaines de l'Université de Bordeaux.
- Davies, Elisabeth B. (2005): «Épica y configuración del canon en la poesía española del Siglo de Oro», en Begoña López Bueno (dir.), *En torno al Canon: aproximaciones y estrategias*, Sevilla, Universidad de Sevilla, pp. 317-332.
- Hamlin, Cinthia María (2011): «El comentario de la Divina Comedia de Villegas y el humanismo peninsular: reflexiones lingüísticas y renovación filológica», *Íncipit*, 31, pp. 73-100.
- (2012): «El comentario de la Divina Comedia de Fernández de Villegas: características generales y actitudes humanísticas», *eHumanista*, 21, pp. 437-466, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume21/5%20ehumanista21.hamlin.pdf.
- (2012): «La traducción en la España pre-humanista y sus causas político-ideológicas: el

- caso de la *Divina Commedia* y los Reyes Católicos», *Revista de Literatura Medieval*, 24, pp. 81-100.
- (2012): «Fernández de Villegas y Landino, traducción y reapropiación, el caso de la dicotomía vida activa-vida contemplativa en el Comentario de la *Commedia*», *eHumanista*, 20, pp. 430-450, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu.span.d7_eh/files/sitefiles/ehumanista/volume20/2.hamlin.v20pdf.pdf.
- (2013): *Primera traducción impresa de la Divina Comedia en los albores del humanismo español: Estudio del texto y de sus resonancias políticas y culturales*, tesis doctoral, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires..
- (2013): «La configuración apologetica del comentario de la *Divina Comedia* (1515): Fernández de Villegas y su reapropiación de las alusiones histórico-míticas del Comento de Landino», *Lemir*, 17, pp. 113-150.
- (2013): «La transmisión textual de la traducción de la Divina Comedia (1515): ¿del impreso al manuscrito?», *Revista de Filología Española*, 93, pp. 273-289.
- Illescas, Gonzalo de (1574): *Historia Pontifical y católica en la cual se contienen vidas y hechos notables*, Burgos, Martín de Victoria.
- Marfany, Marta (2015): «La traducción del *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas: La huella de la tradición poética castellana y de los comentarios a la *commedia* de Dante», *Anuario de Estudios Medievales*, 45, pp. 449-471.
- Mondola, Roberto (2011): *Dante nel Rinascimento castigliano. L'Inferno di Pedro Fernández de Villegas*, Napoles, Tullio Pironti.
- (2014): «Algunos aspectos léxicos y morfosintácticos de la primera traducción castellana impresa de la *Commedia*: el *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas (Burgos, 1515)», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, 90, pp. 151-172.
- (2016): «Entre adivinación y brujería: el *Inferno* de Pedro Fernández de Villegas (Burgos, 1515)», en M. Luisa Lobato, Javier San José y Germán Vega (eds.), *Brujería, Magia y otros prodigios en la literatura española del Siglo de Oro*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, pp. 383-403, <http://www.cervantesvirtual.com/obra/entre-advina-cion-y-brujeria-el-infierno-de-pedro-fernandez-de-villegas-burgos-1515/>.
- Muñiz Muñiz, M. de las Nieves (2012): «Por qué editar a Urrea», http://stel.ub.edu/orlando/arxius/Editar_traducccion_urrea-Muniz.pdf.
- Nieto Soria, J. Manuel (1995): «Propaganda política y poder real en la Castilla de los Trastámara: una perspectiva de análisis», *Anuario de Estudios Medievales*, 25, pp. 489-516.
- Pascual, José Antonio (1974): *La traducción de la Divina Comedia atribuida a D. Enrique de Aragón. Estudio y edición del Inferno*, Salamanca, Universidad de Salamanca.
- Penna, Mario (1965): «Traducciones castellanas antiguas de la *Divina Comedia*», *Revista de la Universidad de Madrid*, 14, pp. 81-127.
- Petrarca, Francesco (1510): *De los remedios contra próspera e adversa Fortuna*, trad. Francisco de Madrid, Valladolid, Diego Gumiel.
- (1512): *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo*, trad. Antonio de Obregón, Burgos, Arnao Guillén de Brocar.
- (1515): *Opere del preclarissimo poeta misser Francescho Petrarca con el commentto de misser Bernardo Lycinio sobre Triumpho*, Venecia, Augustino di Zanni.
- (1550): *Il Petrarca con l'espositione d'Alessandro Vellutello di novo ristanpato...*, Venecia, Gabriel Giolito.
- (1554): *Los Triunfos de Francisco Petrarca ahora nuevamente traducidos*, trad. Hernando de Hoces, Medina del Campo, Guillermo de Milis.
- Rabaey, Hélène (2010): «Aclaraciones biográficas en torno al humanista leonés Antonio de Obregón», *Minerva*, 23, pp. 251-59.
- Recio, Roxana (1991): «Alfonso de Madrigal (El Tostado): La traducción como teoría entre lo medieval y lo renacentista», *La Corónica* 19.2, pp. 112-131.
- (ed.) (1995): *La traducción en España. Siglos XIV-XVI*, León, Universidad de León.
- (1999): «La evolución de las ideas sobre traducción y traductor en Castilla: la Introducción al *Inferno* de Villegas», en Santiago Fortuño Llorens y Tomás Martínez Romero (coord.), *Actes del VII Congrès de l'Associació Hispànica*

- de Literatura Medieval*, Castellón de la Plana, Universidad Jaime I, vol. III, pp. 213-220.
- (2003): «Hernando de Hozes: el último traductor castellano de los *Triunfos* de Petrarca», *Romanica Vulgaria Quaderni* 15, pp. 245-55.
- (2012): «Los *Triunfos* de Petrarca en los cancioneros: rastros de un género olvidado», en Marta Haro Cortés, R. Beltrán, José Luis Canet y Héctor H. Gassó (coords.), *Estudio sobre el Cancionero General (Valencia, 1511): poesía, manuscrito e impreso*, Valencia, Universidad de Valencia, pp. 349-370.
- (ed.) (2012): *Francisco Petrarca con los seys Triunfos de toscano sacados en castellano, con el comento que sobre ellos se hizo (1512)*, Santa Bárbara, *eHumanista*, http://www.ehumanista.ucsb.edu/sites/secure.lsit.ucsb.edu/span.d7_eh/files/sitefiles/publications/monographs/Recio.pdf.
- Rodríguez Velasco, Jesús (2001): «La *Bibliotheca* y los márgenes: Ensayo teórico sobre la glosa en el ámbito cortesano del siglo xv en Castilla. I: códice, dialéctica y autoridad», *eHumanista*, 1, pp. 119-134.
- Salvador Miguel, Nicasio (2012): «El prodigioso nacimiento de Fernando el Católico», en Juan Paredes (ed.), *De lo humano y lo divino en la literatura medieval: santos, ángeles y demonios*, Granada, Universidad de Granada, pp. 331-354.
- Seco Santos, Esperanza (1989): «Influencia de la literatura italiana en la española», *Didáctica (Lengua y Literatura)*, 1, pp. 121-132.
- Seco Santos, Esperanza (1990): «Historia de las traducciones literarias del italiano al español durante el siglo de Oro (influencias)», *Cuadernos para la investigación de la literatura hispánica*, 13, pp. 41-98.
- Selig, Karl Ludwig (1960): «The Dante and Petrarch translations of Hernando Díaz», *Itálica*, 37, pp. 185-187.
- Solerti, Angelo (1901): *Le vite di Dante, Petrarca e Boccaccio scritte fino al secolo decimosesto*, Milán, Dottor Francesco Vallardi.

APÉNDICE

I

DE LA VIDA Y COSTUMBRES DEL POETA [DANTE]

TRADUCIDA POR PERO FERNÁNDEZ DE VILLEGAS¹

Los interpretadores o glosadores de algún autor suelen premitir su vida y costumbres, lo cual hacen también los que comentaron este notable poeta, que escriben su vida y virtuosas costumbres, especialmente el docto y muy elegante Cristóforo Landino, que mejor y más copiosamente que ninguno le comentó, al cual yo en esta glosa e interpretación mediante Dios más que a ninguno de los otros entiendo seguir. Dice del linaje más antiguo de Dante que la familia de los Frangi Panes fue de la orden de los senadores romanos, del cual dice ser nacido el glorioso doctor de la Iglesia san Ambrosio. Y de aquel linaje dice venir el nuestro poeta Dante. Pero tomando su parentela más de próximo, dice que Cacia Guida, su tercero agüelo, del cual hace mención en el xv y xvi canto del Paraíso, fue casado con una doncella ferraresa del noble linaje de los Aldigeros, de la cual el fijo primero que hobo tomó el nombre de aquel linaje. Y porque este fue notable persona y de mucho valor, tomaron sus descendientes el nombre de aquel linaje, como este había fecho, y que después, quitándole la letra *d* por uso del tiempo, dejaron de llamarse Aldigeros y nombráronse Aligeros, o dice que fue por ventura, porque ellos traen unas alas por armas.

Este primero que decimos haberseno nombrado Aligeroto voun fijo del mesmon nombre, que fue agüelo de este poeta Dante. Fueron estos predecesores mucho antiguos y nobles ciudadanos de la ciudad de Florencia. Sumorada fue en el sexto de san Pedro, vecinos a los Donatos y a los de Pacis.

Nació Dante en el año de mil e docientos y sesenta, en el pontificado del papa Clemente IV, y no se debe dejar en el olvido un maravilloso sueño que su madre, estando preñada de él, poco antes de su nacimiento soñó: parecía estar en un verde y florido prado y cabe una cristalina fuente, debajo de un laurel, que paría un hijo, el cual algún tiempo se mantenía de los cogollicos de aquel árbol y bebía de la fuente, y que en breve tiempo crecido se hacía pastor. Y queriendo cortar de las ramas del laurel, caía en la fuente y súpito salía de ella fecho pavón y no era más hombre. El Bocaccio interpreta este sueño larga y prolijamente. Pero,

¹ Traducción del Dante, de lengua toscana en verso castellano, por el reverendo don Pero Fernández de Villegas, arcediano de Burgos..., por mandado de la muy excelente señora doña Juan de Aragón, Burgos, Fadrique Alemán de Basilea, 1515, ff. a1v-a3r.

en suma, lo que dice es que ser pastor significa haber apacentado el mundo de su doctrina poética, filosófica y teológica. Y las hermosas y doradas péndolas del pavón significan sus graciosas y áureas sentencias.

Y del tal sueño ninguno se debe maravillar, porque en diversas regiones y tiempos se le haber precedido al nacimiento de algunos grandes varones algunos prodigios, señales y sueños que significaron la grandeza y merecimientos de aquellas personas. Ponen ejemplo el Bocaccio y Cristóforo en el sueño del rey Astiages, que fue rey de los medos, que soñó que del vientre de su hija nacía una cepa cuya sombra cubría toda la Asia, y de ella nació el rey Ciro, que toda aquella parte enseñoreó. En el santo doctor de suso nombrado, santo Ambrosio, acaeció lo del enjambre de las abejas, que estando en la cuna se le entraron en la boca. En santo Domingo, en santo Tomás de Aquino, en otros santos antes de sus nacimientos acaecieron sueños o señales que prenotificaron su santidad y excelencia.

Tornando, pues, a nuestro poeta, desde su niñez comenzó a mostrar muchas señales y muy ciertos indicios de su grande prudencia y doctrina que había de tener y tal se mostraba su rostro de viveza y juicio singular. En su niñez fue preso de amor de una bellísima doncella, hija de Folco Portinari, noble ciudadano florentín, llamada Vice, al cual después siempre él nombró por más digno nombre Beatrice. Y dice de ella en ciertos versos suyos que había ocho años y que él no pasaba del noveno. A esta amó con tan ferviente amor no solamente cuando vivía, más aún después de muerta, en el vicésimo cuarto año de su edad, que acervísimamente por luengo tiempo la lloró.

En los sus primeros años de estudio mucho aprovechó en la oratoria, pero mucho más en la poesía. Fue bien docto en la lógica y filosofía moral y teología, grande astrólogo y cosmógrafo. Mucho se deleitó de música y fuéronle muy familiares todos los singulares músicos de su tiempo. No le faltó ánimo ni fuerza para la disciplina militar y muchas veces se falló en armas y en guerra. Y en la muy peligrosa batalla de Campaldino, virilmente peleó, en que fizo honor a sí y utilidad a su patria.

Y tornado al su amor de Beatriz, fuele tan grave el dolor de su muerte y el deseo de ella que siempre vivió en continua tristeza y lágrimas. Consejo de sus amigos fue que tomase mujer porque fuese mitigado el furor de su continua angustia en que vivía. Salióle al revés, que, comoquiera se casó con mujer nobilísima del linaje de los Donatos, llamada Gema, y ella fuese tan honesta y cumplida de muchas virtudes, pero fue brava y rencillosa, que venció a la socrática Xantipe. Para la dulce condición del Dante fue aquello tan enojoso que al fin no la pudo sufrir y la apartó de su compañía en tal determinación que después ni en la patria ni en el destierro nunca más consigo la tuvo. Doblóle aquello el deseo de Beatriz y de su tan graciosa conversación.

No fue de pequeño consejo en la administración de la República. Antes tan prudente y tan amador de la justicia y defensor de ella que seyendo por ello mucho amado del pueblo y entonces no se haciendo elección de los magistrados por suertes sino por votos, en el xxv año de su edad fue elegido por uno de los priores, el cual magistrado es el superior en la república florentina. Mas las cosas, tan sujetas a la temeridad de la fortuna, a la veces donde se espera honor y descanso, nace tribulación, especial en pueblo tan inficionado de tan

pestilentes contenciones, como a la sazón en aquel era, lo cual Dante experimentó en sí; que habiendo administrado aquel cargo con grandísima integridad, donde esperaba dones y gracias, contrajo odio y grande inimicicia, por donde fue su perpetuo destierro de la patria, la cual estaba divisa en güelfos y gibelinos, y aun aquellas parcialidades tornadas a dividir entre sí mismas en blancos y negros, como adelante en la glosa se dirá, *deo duce*.

Tentó Dante cuanto él pudo diversas veces la concordia y de amatar aquel fuego tan encendido. Y no pudiendo quiso dejar el cargo y apartarse a vevir en vida ociosa de letras y contemplación divina. Mas lleváronle contra su deseo y buen propósito los ruegos de amigos y de alguna ambición que en todas casas mora. Creciendo, pues, de día en día las civiles discordias y habiéndose juntado en el monesterio de la Trinidad los principales de la parte negra a tomar sus escandalosos consejos, fue molesto a Dante que tales juntas se ficiesen de personas y en logares privados. Y tanto valió su autoridad que fueron desterrados Micer Corso Donati, Gieri Espina y otros de aquella parte. Y ansí mesmo de la otra Micer Gentil y Micer Cortegiano de Cerqui, con otros, por donde ambas partes le fueron enemigos.

Al fin, no cesando las diferencias, fue fecho embajador a Bonifacio VIII, en la cual legación estuvo dudoso, porque no veía quedar en sus compañeros del oficio persona de tal recaudo que en tanta turbulencia y tempestad supiese administrar y guiar el gobernalle, por lo cual, estando como abstraído y fuera de sí, fue oído decir: "Si yo voy, ¿quién quedará? Y si yo quedo, ¿quién irá?", la cual palabra sus émulos la interpretaron a grande arrogancia y soberbia, como si en él solo estuviese el reparo de la gobernación pública. Al fin, fue a Roma en su embajada. Sucedió lo que él temía, que Micer Corso tornó en Florencia y pudo tanto con su parcialidad que Dante, con otros nobles ciudadanos, fue confinado por siempre y sus bienes confiscados: este provecho y galardón sacó el nuestro poeta de su trabajo y grande integridad.

Tentó después en vano muchas veces tornar a la patria. No aprovechó ni pudo pacificar a sus enemigos. Pensó tornar con armas y por fuerza. Juntándose con otros confinados, hicieron gente y capitán al conde de Romena: tampoco sucedió el efecto. Pasó la montaña de Apenino y fue recibido de Alberto de la Escala, señor de Verona, muy beninamente. Al fin se fue a París, donde asaz pobremente vivió algún tiempo en continuo estudio. Y allí puso conclusiones en todas ciencias y públicamente respondió *ad omne quare*. Pasando después Enrico, emperador en Italia, cobró nueva esperanza de recobrar su patria y fuese a él, el cual de los florentinos se mostraba quejoso. Y persuadióle que dejase el cerco que tenía sobre Breja y se viniese a Florencia. El Emperador lo hizo, mas, venido en Pisa, acordó de se ir por mar a Roma a recibir su corona imperial. Después tornó la vía de Florencia. No fue recibido en ella y tornándose a Roma, en un lugar llamado Bon Convento, murió.

Perdida ya Dante la esperanza de retornar a la patria, pasó en la Romaña. Y de Guido Novelo, señor de Rávena, fue graciosamente recibido, donde puso su domicilio. Y allí por la mayor parte hizo y acabó esta comedia. Y después de algunos años que allí vivió, feneció su vida en el año cincuenta y seis de su edad. Fue sepultado con solemnes exequias en aquella ciudad de Rávena, en el monasterio de los fraires menores.

Fue Dante de estatura mediana; la cara, algún tanto luenga; los ojos gruesos, nariz aquilina; el color negro y ansí la barba y el cabello, que de más de ser negro, era crespo. Porende

se cuenta por cosa graciosa que pasando Dante en Rávena donde estaban ciertas dueñas, la una le mostró a los otros y les dijo: “aquel fue al infierno y es tornado de allá”. La una de ellas respondió: “bien se le parece que de eso trae ahumado el rostro y el cabello erizado”.

Su figura de natural quedó de mano del gran pintor Giotto, florentino, y está en la iglesia de Santa Cruz, en la capilla *del Potestà*. Fue grave en la fable, pero muy gracioso. Vistiose siempre honestamente, aun cuando estaba en su casa y en grande patrimonio. En comer y beber, muy continente. Aborreció mucho a los golosos y voraces. Decía ser de bestiales hombres y que vevían por comer. Tenía muchas veces pensamientos profundos. Fue codicioso de leer cosas nuevas, tanto que en un lugar muy ajeno de lectura, en una fiesta donde se danzaba, habiendo a las manos un libro, le pasó todo, que no vio ni entendió cosa ninguna de la fiesta. Fue elegante en fablas no pensadas y en su república fizo muchas que fueron en gran manera loadas. Fue enviado por embajador a muchos príncipes y comunidades, y redujo en luz todo ornamento retórico y poético, en sus tiempos cuasi del todo perdido.

Escribió en latín églogas, y en oración soluta latina tres libros intitulados *Monarquía* y otros *De vulgar elocuencia*. Escribió en vulgar toscano muchos sonetos y canciones, y esta maravillosa obra que llamó *Comedia*, de las excelencias de la cual diremos adelante, *donante Domino*.

II

COMIENZA LA VIDA DEL CLARÍSIMO POETA, FILÓSOFO Y ORADOR FRANCISCO
PETRARCA CON LA SUMA DE LAS OBRAS QUE COMPUSO
TRADUCIDA POR ANTONIO DE OBREGÓN²

Francisco Petrarca fue de antiguo y noble linaje. Su padre fue llamado Petrarco y su madre Leta, naturales de Florencia, personas menos ricas que virtuosas. Fue natural de Arcio, que es una ciudad sujeta a Florencia, puesto que por paternal origen se puede llamar florentín, siendo nacido en Arcio accidentalmente por el destierro en que a la sazón sus padres estaban en el año del parto de la Virgen de mil y trescientos y cuatro años, lunes a veinte días del mes de julio, puesto que algunos dicen primero de agosto. Fue hombre de buena disposición corporal: los ojos muy vivos y muy turable vista; la nariz algo crecida, mas no tanto que viniese con el rostro desproporcionada, porque también le tenía abultado. Fue bazo en la color, según se ve en las partes que en Florencia le tienen pintado del natural en tabla y de bulto, especialmente en la imagen que a perpetua memoria suya está esculpida en las puertas de la capilla, en las casas de la Señoría de Florencia, donde claramente verán en su fisonomía haber sido persona de peregrino ingenio y de muy extremado juicio.

Fue repartido el tiempo de su vida de la manera siguiente: el primer año pasó en Arcio, donde nació; los seis siguientes, en una aldea llamada Ancisa, a catorce millas de Florencia.

² *Francisco Petrarca con los seis Triunfos de toscano sacados en castellano con el comento que sobre ellos se hizo*, Logroño, Arnao Guillén de Brocar, 1512, ff. a2v-a5r.

Mas, como llegó al octavo año, comenzó a mostrar en obras y palabras el excelente saber de que nuestro Señor le dotó. Y sintiendo el congojoso y amengüado destierro de sus padres, importunos mucho que saliesen de la tierra de Florencia y aún de toda Italia, y fuesen a poblar otra región, los cuales, por importunación del hijo, se fueron dos años a Pisa y finalmente pasaron en Francia, asentando en la ciudad de Aviñón, donde la corte romana entonces residía, en tiempo del papa Clemente V.

Estudió cuatro años en Carpentras, que es una ciudad a cuatro leguas de Aviñón, donde trabajó con tanta voluntad y diligencia en la gramática, lógica y retórica, y supo tanto que siendo discípulo no hallaba ya maestro. De allí pasó a Montpellier, donde estudió otros cuatro años de leyes. Y en aquel lugar, oyendo la fama del estudio de Bolonia, se fue a estudiar entre los bolonenses, donde por espacio de tres años pasó todo lo que del derecho civil en las escuelas se lee. Y fuera en esta facultad varón de mucha excelencia si su condición fuera al tal estudio inclinada, mas no pudo en ello perseverar, porque la obediencia de su padre le tenía forzosamente ocupado en las leyes, siendo su natural inclinación seguir poetas y filósofos.

En este tiempo tornó de Bolonia a Aviñón por visitar su padre y madre, a quien amaba más que a sí, y puesto que por muchas partes peregrinase, de continuo tornaba a aquella ciudad, la cual el gran amor que a sus padres tenía se la había hecho propria naturaleza. Acaeció que una vez, viniendo a tener la Pascua en casa de su padre, andaba las estaciones en la Semana Santa en Aviñón, y, parándose a oír la pasión en una iglesia llamada Santa Clara el Viernes Santo, a seis días de abril, vio una doncella muy hermosa que había venido a la ciudad a la devoción que en tal tiempo se requiere, de la cual se enamoró tanto que la amó veinte y un años viva y diez después de muerta, escribiendo continuo de ella. Y puesto que con mucha voluntad la amó, fue muy honesto su amor, sin alcanzar más fin de la buena fama que por ella ganó. Fue esta madona Laura, natural de una villeta muy cercana a la ciudad de Aviñón, que se llama Gravesons, nacida de honestos padres. Tuvo costumbres y hermosura más de divina que humana, y con su soberana gentileza tuvo tanta castidad, sin rifar lo uno con lo otro, que podemos decir que tal concordia fue más venturosa que natural. Llamábase Laureta, como se muestra en aquel soneto que comienza "Quando io movo i sospiri a chiamar voi il nome che, etc.", aunque después por amor del verso y por darla nombre de más autoridad la puso nombre de Laura, como en muchos sonetos y canciones lo demuestra el mismo poeta, por las cuales obras él y ella quedaron para siempre claros y famosos entre los mortales.

Siendo ya pasado un año de sus amores, murió su madre, cuya muerte sintió tanto que tenía por imposible haber jamás consuelo de ella. Y antes de ser el año acabado, plugo a nuestro Señor privarle también del padre, para cuyo consuelo acordó de pensar que eran mortales y por fuerza habían de morir, y que él también era a lo mismo obligado por deuda de naturaleza. Como después el tiempo comenzó a adelgazalle el dolor y se vio libre de la obediencia paterna, acordó de dejar el estudio de las leis, escogiendo por mejor ser verdadero filósofo que mentiroso abogado, no porque las leis no son de sagrada y venerable autoridad, mas porque la malicia de las gentes las hacen torcer haciéndolas decir lo que no dicen. Y a esta causa quiso antes el nuestro famoso Petrarca escribir en sus soledades que

chismear por las audiencias, y desde allí comenzó a posponer los estudios pasados, y del todo se dio a los poetas, oradores y filósofos, los cuales siempre fueron sus amigos naturales. Y partiéndose del estudio de Bolonia, tornó a Aviñón, donde se comenzaron a conocer sus sublimadas virtudes.

Fue muy amado y tenido de muchos señores, y deseado de ser conocido y conversado de muchas personas de alta manera y estado, porque la fama excelente de sus gracias singulares era por todo cabo tan derramada que ningún señor se tenía por contento si no gozaba en algún tiempo de su muy dulce conversación. Mas sobre todo fue muy amado del reverendísimo cardenal de Coluna y de su hermano Jacobo Coluna, obispo bombriense, puesto que algunos dicen bombergense, con el cual vio toda la Gascuña y parte de Francia y de Alemania mucho a su contentamiento. Y acabada esta peregrinación, después de haber sido muy festejado de muchos señores que le deseaban conocer, vino a Roma por ver en ella las cosas santas y antiguas que desde su niñez había deseado, en la cual venida fue muy festejado de Estéfano Coluna, padre del cardenal y del obispo que arriba dejamos. Desde allí pasó a Nápoles, donde a la sazón reinaba el rey Ruberto, el cual con el mayor deseo del mundo le esperaba. Y como le vio entrar por la sala de su real palacio, le hizo tan cortés acogimiento como a un príncipe hiciera, despidiendo de sí los embajadores y señores de gran estado que con él estaban y retrayéndose con él por gozar más a su placer de lo que tantos días había deseado, donde vio y leyó muchas obras suyas dignas de perpetua memoria.

Después de esto tornó a Aviñón y, como era enemigo del tráfico de las cortes y muy amigo del reposo solitario, acordó de buscar lugar donde sin bollicio pudiese tener agradable compañía de las obras que los varones excelentes habían escrito. Y ocurriole tal lugar para poner su deseo en ejecución cual por él había sido deseado de continuo, que era un valle solitario a cinco leguas de Aviñón, que se llama Llausa, muy apropiado para el ejercicio de su singular ingenio, en el que nace la fuente Sorga, que sobre todas las fuentes tiene señorío y excelencia, y los arroyos que de ella salen, manando y discurriendo sobre claras piedras y los aires templados que hacen suave sonido en las verdes hojas de los fructíferos árboles, juntamente con el dulce canto de los ruiseñores y otras agradables avecicas, eran causa a que de una semejanza en otra se levantase el entendimiento a la contemplación del divino Hacedor de tales obras. Donde después de haber pasado sus libros y las cosas necesarias al servicio de su persona, escribió todas o la mayor parte de sus obras latinas y vulgares, así las que nos son manifiestas como las que no parecen.

En este mismo tiempo sucedió en el sumo pontificado el papa Benedito por muerte de su predecesor, y, viniendo a su noticia la virtud y habilidad de nuestro excelente poeta y conociendo el entrañable amor que tenía a madona Laura, dispensaba con él que, siendo clérigo como era, se casase con ella y gozase de los beneficios que tenía y de los que su Santidad después le daría. Pero como nuestro poeta creía que era más delitosa la hambrienta conversación de la amiga que la fastidiosa usanza de la mujer, acordó de no aceptar la nueva y inusitada merced que el pontífice le hacía, y aun por no dejar de escribir muchas cosas que por ella en la fantasía tenía imaginadas, así como fueron los sonetos y canciones, y los *Triunfos* que tenemos entre las manos hechos en su lengua vulgar toscana.

Fue hombre de muy honestas y discretas palabras, y de muy justas y virtuosas obras; en comer y beber muy templado; en vestir muy humilde, y en todas sus cosas relució mucho la virtud de la humildad, porque de continuo fue muy enemigo de la soberbia presuntuosa, por ser vicio muy contrario al descansado reposo. Y parece que por merced muy señalada permitió con él nuestro Señor para ayuda de lo que él se ayudaba, que en llegando a los cuarenta años le fueron amatadas las llamas carnales, siendo sus fuerzas y complisión de tanto vigor como siempre habían sido, para en prueba de lo cual escribe de sí mismo en una Epístola las palabras que se siguen: “Desearía yo poder decir con verdad que fui virgen, mas mentiría si lo dijese. Pero una cosa puedo seguramente afirmar, que, aunque el hervor de la edad y complisión a los deleites carnales me inclinase, siempre aborrecí la suciedad y vileza de tal vicio. Y en llegando a los cuarenta años, aunque mis fuerzas estaban enteras y el calor natural en su vigor, no solamente aparté de mí la obra, mas aun en la memoria nunca me quedó señal de vicio semejante, lo cual cuento entre mis mayores buenas venturas, dando muchas gracias a Dios que, estando en mis fuerzas y esfuerzo, me libró de tan vil y aborrecible servidumbre”. De manera que nuestro bienaventurado poeta hasta en esto tuvo ventura, que pudo dejar los pecados antes que ellos dejasen a él y pudo hacer penitencia cuando más aparejo tuvo de pecar.

Y tornando agora a nuestro propósito comenzado, digo que fue este nuestro poeta muy deseoso de buenas amistades y muy fiel conservador de ellas. Y puesto que a la natural complisión suya no podía resistir algunas veces de no alterarse en enojo, obraba tanto en esto su saber que la saña y ira de su corazón nunca dañaba segunda persona, teniendo por mejor sofrirlo en la suya. Gradeció también los bienes, y de tal manera perdonó los males que ingratitud ni venganza nunca fueron en él conocidas. Mostrose siempre menospreciador de riquezas, pues, teniendo aparejo de persona para alcanzallas, tuvo por bien ser de ellas privado por serlo asimismo del trabajo con que se ganan, porque le parecía mal ser poseedor de cosa que su ganancia es trabajosa, y su posesión congojosa y su pérdida muy triste. Holgaba mucho de la conversación de sus amigos y mientras podía nunca sin alguno de ellos comía ni holgaba.

Fue hombre de tan recto juicio y tan elocuente que en su tiempo fue la flor más resplandeciente de cuantas hubo, y en cualquier tiempo que naciese lo fuera, porque en la poesía y oratoria alcanzó todo lo que un humano ingenio puede alcanzar. Y siendo ya la fama suya muy extendida y en todas partes muy deseado, recibió en un mismo día cartas del Senado de Roma y del Estudio de Paris, en que los unos y los otros con mucha instancia le rogaban que a su ciudad fuese a recibir la corona de laurel, con la cual los famosos poetas antiguamente se coronaban. Juntamente con estas dos universidades, fue muy importunado por el rey Ruberto se fuese a coronar a Nápoles, teniendo por muy gran honra tan insignes y nobles ciudades que nuestro poeta en ellas fuese honrado de semejante corona. Mas al fin, por consejo y importunación del su cardenal de Coluna, la hubo de ir a tomar a Roma, así por la dignidad del Imperio como por habella recibido allí otros muy grandes y famosos poetas.

Y así fue en Roma laureado con muy gran aparato del Senado romano, como se muestra en el privilegio que de ello le dieron, el cual anda entre sus obras impreso. Después de hecho esto, quiso tornarse a Aviñón, y viniendo en el camino, fue detenido en Parma por los

señores que regían y mandaban aquella tierra, los cuales, deseando mucho gozar de la conversación de ese nuestro tan famoso poeta (como mucho antes habían deseado), acordaron de hacerle arcediano de la iglesia catedral de aquella ciudad por tener causa de gozar *de él* algún tiempo. Y como él desde el tiempo de su niñez había siempre deseado seguir el hábito clerical, aceptó la merced que con tanta y tan buena voluntad le hacían. Mas porque los bandos enojosos y sangrientos de las ciudades contino le fueron displacibles y las reposadas soledades muy agradables, procuró tomar asiento en una selva muy deleitosa que se llama Plana, cerca de un río llamado Encía, donde convidado de la suavidad del lugar tornó a su estudio, habiéndole ya dejado algún tiempo por su luenga peregrinación. Y después que allí hubo estado muchos días, tornose al su deseado Valclausa, siendo de edad de treinta y cuatro años, donde estuvo por algún tiempo, no pasando la vida en ociosidad, mas siempre leyendo, escribiendo o pensando lo que a tan alto ingenio convenía.

Desde a algunos días que allí estaba, recibió cartas de Jacobo de Carrara, señor de Padua, en que le rogaba mucho le fuese a ver. Y viéndose importunado por ellas y por los mensajeros que le enviaba, acordó de obedecer su mandado y fuele a ver, donde le fue por aquel señor hecho un recibimiento el más solemne y espléndido que a ningún mortal se puede en la tierra hacer. Y viendo que nuestro poeta era de vida clerical y religiosa, y que de aquello se deleitaba, le dio una calongía de Padua por tenérsele algún tiempo en su compañía, y así estuvo con él dos años, que no vivió más aquel señor. Y por recibir algún consuelo de su muerte, tornose a Francia para habitar en su Valclausa y gozar de la fuente Sorgia, donde mucho tiempo vivió.

Era de todos tan honrado y tan amado que el Papa procuró muchas veces tenerle en su servicio y hacerle grandes mercedes. Pero él, que amaba más la libertad con pobreza que la riqueza con servidumbre, contino lo rehusó con muy corteses excusas. Tuvieron en tanto los de Arecio que Petrarca fuese su natural ciudadano que, pasando un día acaso por allí, le salieron a recibir con palio y cruces, y con las reliquias de los santos, y por perpetua memoria hicieron constitución que la casa donde Petrarca nació fuese reparada y mantenida en pie para siempre de las rentas y propios de la ciudad, y que siempre fuese llamada "la casa del Petrarca", pues los florentines no tovieron en poco tal ciudadano, pues sin pedirlo él y sin pensarlo, le alzaron el destierro que a su padre habían puesto y mandaron al fisco restituirle todos los bienes que habían sido de sus padres.

Fue hombre de grandísima continencia, tanto que ayunaba cuatro días en la semana, y los viernes, a pan y agua. Dormía muy poco y las más veces se acostaba vestido. Levantábase siempre a media noche a rezar los maitines, como todo buen clérigo debe hacer, y luego se sentaba entre sus libros, porque temía la cuenta que del tiempo malgastado se ha de dar. A toda ciencia era muy inclinado, pero principalmente a la filosofía moral, a la oratoria y poesía, y a saber la antigüedad de las historias, mientras fue mancebo. Mas después que ya fue entrando en días, del todo se dio al entendimiento y doctrina de la sagrada Escritura, donde halló escondida tanta dulzura que del todo se apartó de las poéticas artes, salvo para el ornamento del hablar o escribir.

Quísole nuestro Señor hacer tan señalado que por las señales de fuera manifestaba la ciencia que dentro tenía, pues hasta los niños tenían conocimiento de su saber, lo cual se de-

muestra por el ejemplo siguiente: Estando un día en Milán con el ilustre Galleazo, vizconde de Pavía y señor que entonces se llamaba de Milán, entre muchos señores valerosos y famosos letrados, mandó el dicho señor a un hijo suyo muy niño, que aún apenas sabía hablar, que les mostrase entre todos aquellos señores y letrados cuál le parecía el hombre más sabio de todos. El niño, entonces, mirando a un cabo y a otro, y guiado por divino Espíritu, fue a tomar por las faldas del manto a Petrarca con gran admiración de los que estaban presentes. Así que aun hasta los niños sin saber conocían el que él tenía.

Bien se puede de él decir que la elegancia del hablar, que tantos tiempos estuvo perdida, fue hallada y restituida por él a los que en su tiempo y después vinieron, para prueba de lo cual no podemos hallar más abonados ni verdaderos testigos que los mismos libros que por él quedaron compuestos, los cuales son los siguientes: el libro que llamó el *Itinerario*; un libro que llamó el *Secreto de sus cuidados*, partido en tres diálogos; *De los ilustres varones*, un libro; *De la vida solitaria*, dos libros; *Del reposo y quietud de los religiosos*, un libro; dos diálogos que tratan *De vera sapiencia*; *De las cosas dignas de memoria antiguas y modernas*, cuatro libros en diversos tratados; una comedia intitulada *Al cardenal de Coluna*, que aún acá no ha parecido; cuatro libros *De invectivas* contra un médico; un libro de *Epístolas*, sin título; ocho libros de *Epístolas familiares*; dos grandes libros de *Epístolas*, uno de cosas juveniles y otro de cosas muy ancianas; siete *Salmos* penitenciales; la *Bucólica* dividida en doce églogas en versos; otro libro de *Epístolas* en verso; la *África* en verso, a la cual puso tal nombre por Escipión Africano, de quien en ella se trata, y dividiola en nueve libros; dos libros, uno *De próspera* y otro *De adversa fortuna*, compuso en un volumen, de los cuales hizo traslación de latín en castellano el reverendo y muy discreto varón Francisco de Madrid, arcediano del Alcor.

Compuso también los sonetos y canciones en vulgar toscano, con los seis *Triunfos* en la misma lengua, cuya traslación es la presente, en los cuales muy claramente quiso manifestar la grandeza de su doctrina y la excelencia de su saber, mostrándose en ellos gran poeta, muy gran orador, grandísimo historiador, insigne filósofo, excelente astrólogo y muy contemplativo y católico teólogo, según que la materia singular de cada *Triunfo* lo requiere, mostrando muy graves y provechosas sentencias debajo de un velo muy agradable con palabras de mucha dulzura y gentileza. Y puesto que otros naturales de su tierra hayan en su lengua compuesto obras de mucha doctrina y gravedad, y su fama sea divulgada por muy excelente, si los lectores de ellas quisieren juzgar la verdad sin afición, sé muy cierto que dirán haberles excedido el nuestro poeta sin comparación, porque en él solo se pareció el estilo más subido y más alindado que podía en la lengua toscana hallarse, lo cual se parece muy claro en que antes ni después de él no hubo nadie que de tal manera escribiese. Todas las obras que compuso fueron en latín salvo estos *Triunfos* y los sonetos, que fueron en toscano. En lo uno se muestra cuánta elegancia puede haber en el latín y en lo otro cuánta gentileza puede ser en lo toscano.

Pues, viéndose ya el nuestro filósofo en edad algo cansada, acordó de retraerse a Padua, donde era canónigo. Mas no pudiendo vivir en el tráfigo de la gente, se recogió en una aldea muy agradable y conveniente a sus pensamientos, llamada Arcuato, cerca de Padua, con un grandísimo amigo suyo llamado Lombardo, y en aquel lugar edificó una casa donde vivió

lo que le quedaba de la vida, escribiendo y estudiando, hasta que nuestro Señor dio fin a sus días. Pues, juzgando cómo vivió desde los cuarenta años hasta que murió, sin saber su fin, le podríamos juzgar por bueno, según el testimonio de la vida pasada. Mas como de continuo tenía ante sus ojos la muerte, procuró de vivir como quien había de morir por ser vivo después de muerto, y así ordenó su ánima, haciendo el testamento que anda impreso entre sus obras.

Y recibiendo los sacramentos, estando sin sospecha de ninguna enfermedad (como muchas veces los recibía), y después salteado de una dolencia que los médicos llaman apoplejía, no pudiendo ya la delicada virtud hacer resistencia a la recia enfermedad, dio el espíritu a su criador, en el año del Señor de mil y trescientos y setenta y cuatro años, a veinte y ocho días del mes de agosto; así que el espacio de su vida fueron setenta años.

Enterrose en aquella aldea cerca de Padua, en una iglesia donde tenía determinado hacer una capilla a nuestra Señora. Y porque fue sepultado su cuerpo en el suelo, siendo merecedor de famosa sepultura, fuele hecho después en la parte más honrada de la iglesia un sepulcro muy rico de mármor, donde sus huesos fueron trasladados, con un epitafio o título que él mismo había hecho viviendo, el cual en nuestra lengua dice así: “Cubre esta piedra los fríos huesos de Francisco Petrarca. Tú, Virgen y Madre, recibe el ánima, la cual tu Hijo perdone, y cansada ya de la tierra le plega que huelgue en el cielo”.

Y porque más conozcamos la excelencia de nuestro poeta, no es razón que callemos los cien ducados que un rústico labrador mandaba para la obra de aquella iglesia porque enterrasen su cuerpo con el de Francisco Petrarca, creyendo aclarar la oscuridad de su sangre con la muy clara virtud de nuestro poeta. Mas el obispo, como más amigo de la razón que del interés, mandó al cura del mismo lugar, so graves penas, que no consintiese por precio alguno que la sepultura, que de tantas partes iban a ver por quien dentro de ella estaba, fuese violada de rústica compañía, puesto que el obispo quedó riyendo y alabando al labrador que en tanto estimaba los claros varones. Así que partida del mundo aquella ánima digna y generosa de nuestro poeta, no es de dudar, según sus obras virtuosas, sino que haya alcanzado el premio de su merecimiento en la gloria del justo Juez que nunca dejó mal sin castigo, ni bien alguno sin galardón.

III

LA VIDA DE FRANCISCO PETRARCA
TRADUCIDA POR HERNANDO DE HOCES³

La ínclita ciudad de Florencia, en mayor extremo que todas las otras de Italia, fue inficionada de aquellas dos tan pestíferas parcialidades de güelfos y gibelinos, nombres en toda la cristiandad muy notorios. Y comoquiera que el principio de ellos fuese pequeño, el suceso

³ *Los Triunfos de Francisco Petrarca, ahora nuevamente traducidos en lengua castellana, en la medida y número de versos que tienen en el toscano y con nueva glosa*, Medina del Campo, Guillermo de Milis, 1554, ff. a2v-a7v.

ha sido después tan grande y extendido que aun siendo el día la Cesárea Majestad señor de los unos y de los otros, todavía son tenidos por más verdaderos imperiales los gibelinos y más inclinados a las cosas francesas los güelfos.

Estando, pues, todas las personas principales de Florencia, y los que a ellos seguían, divididos en aquellas dos parcialidades, y siendo a veces los unos superiores a los otros, fueron finalmente echados de ella los gibelinos, quedando de todo punto el señorío y gobernación en poder de sus contrarios los güelfos, y estuvo así por algunos años. En este tiempo había en Florencia dos casas o linajes, así por riqueza como por nobleza y parentela muy poderosas: la una llamada de Cercos o Círculos o, según algunos, Cuchios; y la otra los Donatos. Y comoquiera que entre ellos hobiese alguna mala voluntad, no había sido de manera que las cosas llegasen a rompimiento.

Sucedió a esta sazón, que sería poco antes del año mil y trescientos, que en la ciudad de Pistoya, lugar vecino a Florencia, había un linaje o casa, que decían los Cancilleres, de muchas y muy principales personas. Y jugando un día dos caballeros mancebos y entrambos de aquel linaje, viniendo a palabras y de ellas a las manos, el uno hirió al otro, aunque bien ligeramente. Y como era todo entre parientes, el padre del heridor, habiendo de lo hecho grandísimo enojo, mandó ir el hijo a casa del padre del herido a pedir perdón, creyendo que de esta manera cesaba toda la desgracia que de allí se podía seguir. Pero sucedió el caso muy diferentemente de lo que era justo, porque el padre del herido mandó a ciertos criados suyos que prendiesen a aquel caballero y le hizo cortar la mano, diciéndole que volviese a su padre y le dijese que las heridas no se solían curar con palabras, sino con hierro.

El padre del pobre caballero de la mano cortada, sintiendo el caso, como era razón, con toda la solicitud posible, comenzó a aderezarse para la venganza de él y también el enemigo para la defensa. Y no solamente los de aquel linaje se declararon en favor del uno de aquellos dos caballeros, pero muy brevemente toda la ciudad de Pistoya, siguiendo al uno o al otro, fue dividida en dos partes. Y porque este linaje de Cancilleres descendía de un Micer Canciller, el cual había tenido dos mujeres, una de las cuales se había llamado Blanca, la una de estas dos opiniones, que eran los descendientes de aquella mujer, se llamaron blancos, y los otros, por el contrario, se comenzaron también a llamar la parcialidad negra.

Habiendo, pues, sucedido entre ellos diversos escándalos y muertes de hombres y asolamientos de casas, y procediendo su enemistad siempre más adelante, a los unos y a los otros pareció serles cosa importante ganar amigos en Florencia por la vecindad que con aquella ciudad tenían. Y así los Negros tomaron familiaridad con Micer Corso o, según otros, Accursio, cabeza de los Donatos. Y los Blancos recorrieron a Micer Veride Cerco, hombre en toda calidad igual a Micer Corso. Y como entre aquellos dos linajes, según es dicho, ya se tenía poco buena voluntad, la venida de los de Pistoya hizo que de allí adelante fuese mucho menos, hasta que ya de todo punto los unos vinieron en rompimiento con los otros, todo lo cual se podrá ver muy particularmente en las historias florentinas y aun en otras muchas partes.

Y como todos eran de opinión güelfa, comenzaron las dos parcialidades a tomar nuevos nombres, de manera que los Donatos, favorecedores de la parcialidad negra de Pistoya, fueron también llamados Negros. Y los Cercos fueron llamados Blancos, por haber, según es

dicho, favorecido a los de la opinión blanca de Pistoya, de manera que así las parcialidades como los nombres de ellas vinieron entonces a Florencia de la ciudad de Pistoya.

Habiendo, pues, sucedido entre estas dos parcialidades muchas y muy grandes diferencias, la parte blanca echó fuera de la ciudad a los de la negra, los cuales, rehaciéndose, fueron poderosos de volver a la patria y echar de ella a toda la parcialidad blanca, desterrándolos perpetuamente y confiscándoles sus bienes. Y entre ellos fue uno el Dante Aligero, excelente y muy conocido poeta, y un Petrarco de Perenzo, notario de aquella ciudad, lo cual fue en el año de mil y trescientos.

Este Petrarco y su mujer, llamada Brígida, la cual era del noble linaje de los Canigianos, se fueron a vivir a Arezo, a donde en el año de mil y trescientos y cuatro, a los veinte días de julio, un lunes al amanecer, les nació un hijo, al cual llamaron Francisco. Y como su padre era llamado Petrarco de Parenzo, así el hijo Francisco de Petrarco, y después Francisco Petrarca fue llamado, según que en una carta suya él mismo cuenta. Escríbese que siendo su madre llegada a los dolores del parto, estuvo por gran espacio adormecida, de suerte que de los médicos verdaderamente fue tenida por muerta. Y por tanto dice Petrarca que primero que naciese había comenzado a morir. Tuviéronle en Arezo siete meses, y después, no pudiendo su padre más estar en aquella ciudad, se fue con el hijo y toda su casa por diversos lugares de Toscana. Y al pasar del río que llaman Arno para ir a la ciudad de Pisa, un hombre que llevaba el mochacho juntamente con su caballo cayeron en el agua, adonde Petrarca pasó grandísimo peligro de ser ahogado.

Habiendo estado pocos días en Pisa su madre, fue alzado el destierro, y con voluntad del marido, llevando consigo el hijo, se fue a vivir a Lancisa, lugar puesto a catorce millas de Florencia, a donde Petrarca estuvo hasta ser cumplidos los siete años; en el cual tiempo, habiendo su padre muchas veces procurado volver a la patria y no habiendo efecto, tornó a traer la mujer consigo, y juntos estuvieron en Pisa otros dos años.

Siendo, pues, Petrarco del todo desconfiado de poder volver a Florencia, determinó irse a vivir a Francia, en la ciudad de Aviñón, donde en aquel tiempo la corte romana residía. Y pareciéndole ser el camino de menos trabajo por la mar, entró en ella con la mujer e hijo, y poca hacienda que le había quedado. Y llegando ya cerca de Marsella, la nave en que venía se rompió, de manera que con grandísima dificultad se pudieron salvar. Así que nuestro poeta antes que naciese y después en los muy tiernos años comenzó a probar los miserables golpes de la fortuna.

Llegados en Aviñón y habiendo Petrarco alquilado una conveniente casa, hizo al mochacho aprender las primeras letras. Y hallándole de maravilloso y excelente ingenio, le envió a Carpentras, una ciudad pequeña distante cuatro leguas de Aviñón, a donde en breve tiempo aprendió gramática, lógica y retórica. Después, enviado a Montpellier a estudiar leyes, estuvo allí cuatro años, y luego en Bolonia tres, en el cual tiempo estudió todo el derecho civil. Siendo ya llegado a la edad de veinte y dos años, supo cómo sus padres eran muertos en Aviñón, a donde por respeto de ello Francisco Petrarca tuvo necesidad de volver. Y de allí en el año siguiente, que fue el de mil y trescientos y veinte y siete años, y su edad de veinte y tres, a causa de la pestilencia que en aquella ciudad había, se fue a un valle apartado de

Aviñón cinco leguas, a la parte oriental, llamado Valclusa, lugar mucho solitario, a donde su padre después de ser en aquella tierra venido había comprado algunas heredades.

Sucedió estando entonces Petrarca en este valle, que yendo la mañana del viernes santo – que, según escribe, fue aquel año a seis de abril–, a un lugar llamado Lila, casi a media legua de Valclusa, más a la aparte de Oriente, doncella de gran hermosura, acompañada de otras mujeres, también venía a oír misa en Lila, porque en aquel lugar de su padre tampoco como en Valclusa se decía sino muy pocas veces. Y habiendo pasado uno de los ramos del río de la Sorga, que a Lila hacen isla, y siendo cansada del trabajo del camino, casi a una milla del lugar se había asentado a la sombra de unos árboles en una muy fresca pradera que allí estaba, por donde Petrarca había de pasar; el cual, llegado y vista la beldad de la doncella, que Laureta se llamaba, de tal suerte se enamoró de ella que la amó veinte y un años en vida y todos los otros que después de ser muerta él vivió, celebrando sus virtudes y hermosura con maravilloso ingenio y elegancia, y no llamándola de allí adelante Laureta, sino Laura, pareciéndole ser más conveniente nombre.

En este mismo año, siendo Ludovico de Baviera vigésimo emperador de los alemanes, pasado en Italia para ir a Roma y mostrando mucha voluntad de favorecer la parte gibelina, Francisco Petrarca y todos los otros desterrados de Florencia cobraron grande esperanza de poder volver en la patria por medio suyo, que no embargante que fuesen de opinión güelfa, el destierro y daños recibidos les había hecho tomar amistad con los gibelinos. Y así nuestro Petrarca por consejo de sus amigos se fue a Milán, a donde del señor Azo, hijo de Geleazo, y nieto del gran vizconde Mateo, que a la sazón era señor de aquella ciudad, fue benignamente recibido y estuvo allí algún espacio de tiempo, esperando el suceso de las cosas de Italia. Mas finalmente, sintiendo que sus adversarios, con cierta cantidad de dinero habían remediado el peligro del de Baviera, se tornó en Aviñón. Y porque su condición le inclinaba a otras cosas de mayor valor y no al estudio importuno de las leyes –en el cual solo por el mandamiento y reverencia de su padre se había ocupado– lo dejó y de todo punto se dio a los estudios de humanidad, a los cuales siempre desde mochacho había tenido mucha inclinación.

Estaba en este tiempo en Aviñón con el pontífice Juan XXII el señor Estéfano Juan, cardenal, y Jacobo, obispo lumboriense, entrambos hijos del señor Estéfano Colonna el Viejo, personas de gran virtud y nobleza, con los cuales Petrarca vino en tanta amistad y familiaridad que parecía sin ellos no poder vivir. Y así se fue con el obispo a Gasuña, a cierto lugar de mucho pasatiempo, donde muy a su gusto todo un verano se gastó. Vuelto después en Aviñón, estuvo algunos años en casa del cardenal y no como criado, sino como un querido y muy regalado hijo, en el cual tiempo muchas veces fue a Valclusa y de allí a Cabrières a visitar a su madona Laura. Encendido después con deseo de querer ver a Francia y Alemania, puso el viaje en efecto. Y habiéndose a la vuelta detenido algunos días en León so la Rona, supo cómo el obispo era partido para ir a Roma, al cual escribió una carta quejándose mucho de que hobiese hecho fin el aquel viaje. Y asimismo escribió al cardenal a Aviñón todas las cosas dignas de memoria que en el camino había visto y cómo muy presto volvería a ver.

Pasados pocos días, recibió letras del obispo en respuesta de la suya, por las cuales le rogaba que se fuese luego a él a Roma y, haciéndolo así, vio aquella tan insigne ciudad. Y en las

señales de los edificios de ella, según escribió al cardenal, juzgó haber sido muy mayor cosa de lo que por escrito hasta entonces había hallado. Vuelto en Aviñón, estuvo por consejo del cardenal y del obispo cierto tiempo en servicio del pontífice, el cual en muchos negocios se aprovechó de nuestro poeta, enviándole diversas veces en Italia, a Roma, y en Francia al rey Filipo, de suerte que parecía que cerca del Papa estuviese en grandísima reputación y favor, por lo cual Petrarca tenía gran esperanza de alcanzar alguna principal dignidad, especialmente habiéndole sido hechas por el pontífice muchas y muy grandes promesas. Pero siendo últimamente desengañado y visto que las dignidades antes se darían a algún idiota por simonía o favor o otro camino ilícito que no a él, que por sus virtudes le parecía tenerlas muy bien merecidas, y allende de esto, desagradándole demasíadamente los grandes vicios de la corte, determinó dejarla juntamente con el servicio del pontífice. Y pareciéndole su Valclusa lugar muy cómodo a su condición y estudio, se fue a vivir allá con todos sus libros y las otras cosas necesarias, a donde estuvo entonces de asiento algunos años, en el cual tiempo, yendo muchas veces a Cabrières a visitar a madona Laura, según que para ello se ofrecían ocasiones, perseveró en hacer la primera parte de sus sonetos y canciones, que algunos días antes había sido por él comenzada.

Escribió también entonces la mayor parte de sus obras latinas y, especialmente, la África, de la cual siendo brevemente extendida la fama fue cosa maravillosa, que en un mismo día recibió cartas del Senado de Roma y de los cancilleres del Estudio de París, convidándole los unos y los otros a que fuese a su ciudad a recibir corona de laurel. Petrarca estuvo dudoso en cuál de los dos ofrecimientos aceptaría, mas aconsejado del cardenal y de Tomás de Mesina, su grandísimo amigo, determinó ir a recibirla a Roma. Y así en el mes de marzo del año del Señor de mil y trescientos y cuarenta y uno, a los treinta y siete años de su edad, se embarcó en aguas muertas. Pero antes de entrar en Roma quiso ir a hacer reverencia a Roberto, rey de Nápoles, de quien ya por cartas era gran servidor. Y habiéndole en tres días continuos leído toda la África, fue por aquel rey sapientísimo juzgado enteramente merecedor de la corona láurea. Y así, con gran instancia, le rogó que en Nápoles la quisiese recibir. Pero entendida su determinación, le hizo muy honradamente acompañar hasta Roma, escribiendo en su loor y favor al Senado de ella todo lo que de las virtudes de Petrarca sentía.

Llegado nuestro poeta a Roma en el solemne día de la Resurrección, que en aquel año era a los ocho de abril, fue con grandísimo favor y alegría de todo el pueblo coronado de laurel. Y siendo ya la fama suya muy extendida por Italia, era de todos los señores de ella en gran manera deseado. Partido de Roma, fue a Parma a visitar los señores de Corregio, de los cuales recibió grandes honras y, especialmente, el arcedianazgo de aquella ciudad. Estuvo entonces algunos días cerca del río de la Elza, en los confines de Regio, en un lugar en gran manera deleitoso, a donde tornó de nuevo a limar su África de algunas cosas que en ella le pareció que era necesario enmendar.

Compró también en Parma una casa, a donde algunos días estuvo de asiento. Y siendo ya llegado el año cuarenta de su edad, le fue escrito de Florencia por algunos sus amigos cómo ellos habían suplicado a los que entonces gobernaban aquella ciudad le fuese alzado el destierro y restituidos los bienes paternos, y que atenta su buena fama, mediante la cual era de

muchos amado y deseado, lo pensaban muy presto alcanzar, de cuya causa él pasó a Arezo, a donde fue con extraña ceremonia recibido y en gran manera de todo el pueblo honrado. Estuvo algunos días allí, procurando siempre con letras y mensajeros lo que sus amigos le habían escrito, lo cual no le era del todo negado, ni tampoco verdaderamente concedido. De manera que, viendo ir aquel negocio muy a la larga, dejó el cuidado de él a sus amigos y se tornó a Parma, adonde habiendo estado buen tiempo, pasando los Alpes, fue a su antigua morada de Valclusa, y de ahí, después de algunos días, tuvo necesidad de volver a Parma, y de Parma se fue a Verona a visitar a los señores de la Escala. Y como hobiese sido muchos días antes con letras y mensajeros, así en Italia como en Francia, requerido del señor Jacobo de Carrara, cuya entonces era la ciudad de Padua, quisiese recibirle en su amistad, determinó ir a ver a quien tanta voluntad había mostrado de tener con él estrecho conocimiento.

Llegado a Padua, fue de aquel señor no de otra manera recibido –como él mismo cuenta–, que si verdaderamente fuera un muy querido hermano, y allende de otras señales muy grandes de benivolencia, sabiendo que desde mozo había tenido inclinación al hábito eclesiástico, por darle ocasión a no partirse de su compañía le hizo proveer de un canonicato de aquella ciudad. Y así, entretanto que este señor vivió, que fue muy pequeño tiempo, tuvo siempre cerca de sí en este lugar a nuestro poeta.

Siendo ya de cuarenta y cuatro años, supo cómo su madona Laura era muerta, de lo cual mostró tan extraño sentimiento que muchos días estuvo casi sin hablar ni querer comer, sino a grandísima importunidad de los amigos, sustentándose solamente de lágrimas y suspiros. Murió asimismo en este tiempo el señor Jacobo de Carrara, por donde Petrarca se tornó de la otra parte de los Alpes y estuvo entonces en ella por algunos años de asiento, en los cuales escribió la segunda parte de sus sonetos y canciones, y casi lo más de sus excelentes triunfos.

Siendo después muertos aquellos señores Coloneses que él tanto quería, determinó tornar en Italia, adonde en Venecia con algunos grandes amigos suyos, y en Parma con los señores de Corregio, y en Padua con Francisco de Carrara, y con los señores de la Escala en Verona, gastó algún pequeño tiempo. Y siendo requerido a esta sazón por el vizconde de Galeazo, conde Pavía, el cual era señor de Milán juntamente con su hermano Bernabo, se fuese a residir en su compañía a título de persona de su consejo, lo puso así por obra.

Y cuánta autoridad y reputación cerca de él escribiese se puede juzgar en lo que escribe Bernardino Corio, coronista de las cosas de Milán. Este dice que en el año de mil y trecientos y sesenta y ocho años, en las bodas que se hicieron en la dicha ciudad de Violante, hija de este señor, con Leonel, hijo de Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, Petrarca estuvo asentado en la principal mesa, a donde solamente había duques y marqueses y grandes señores. Y que en este mismo día le vino nueva que un hijo muy pequeño, llamado también Francisco, era muerto en Padua. Pero por más cierto se tiene que no era hijo, sino nieto, nacido de una hija suya no legítima, que había casado con un Francisco de Amicolo de Borsano, milanés, el cual fue después su general heredero. Y esta su hija, según se puede entender en el epitafio que está en la sepultura suya en Treviso, cerca de la puerta de san Francisco, fue una muy honrada matrona y vivió diez años más que su padre. Esto se dice

porque se entienda la verdad y no se tenga de nuestro Petrarca así mal opinión, que en tal edad no fuese continente, especialmente que en ello se hobiera hecho mentiroso de haber escrito en una carta suya que llegado a los cincuenta años, no embargante que entera salud tuviese, de todo punto se le había quitado cualquier apetito deshonesto. Y lo mismo parece que haya querido dar a entender en muchas partes de sus obras.

Siendo ya llegado a los sesenta⁴ y cinco años de su edad y determinado de reposar, se tornó a Padua, de donde se fue con un Lombardo Ascrigo, grande amigo suyo, a estar en cierto lugar llamado Arcua, que es a diez millas de Padua. Estuvo allí por espacio de cinco años ocupado en estudios poéticos y de filosofía, en el cual tiempo le fue enviado de la república de Florencia Juan Bocaccio de Cartaldo con las letras en que se contenía serle alzado su destierro y restituidos todos los bienes paternos, según que en la respuesta suya para la dicha república se puede ver.

Llegado al año sesenta de su edad, siendo, como algunos dicen, salteado de un cierto paroxismo de morbo comicial, que es lo que llamamos gota coral, a los diez y ocho días del mes de julio del año de mil y trescientos y sesenta y cuatro, dio el ánima a su criador, la cual en remuneración de sus obras y singulares virtudes piadosamente es de creer que está en el número de los escogidos bienaventurada. Y es muy justo que por ella rueguen al sempiterno Padre aquellos que se deleitan en leer sus excelentes obras. Su cuerpo, según él lo dejó ordenado, fue puesto en aquel mismo lugar, delante de la puerta de la iglesia, en un sepulcro de piedra roja, asentado sobre cuatro columnas, a las cuales por dos gradas, que también son de la misma piedra, se sube.

Hallose en su enterramiento Francisco de Carrara, señor de Padua, y el obispo con toda la clerecía, frailes y monjes de aquella ciudad y su comarca. Y asimismo todos los caballeros, doctores y escolares que en ella había. Fue traído desde su casa hasta la iglesia con gran suntuosidad, cubierto el cuerpo con un paño de oro de mucho precio aforrado en armiño. Y en su loor fue hecho un excelente sermón por fray Buenaventura de Peragna, el cual fue después cardenal. Hizo testamento en Padua, antes que a Arcua fuese a vivir, y dejó por su general heredero, como arriba es dicho, a aquel Francisco de Borsano. Pero fue mandando en particular a todos sus criados alguna cosa, allende del débito salario, según que la suerte de cada uno de ellos merecía. Y lo mismo hizo a todos sus amigos.

Fue inclinado a tener en poco la riqueza, no porque desechase lo que algunos le querían dar, como en una epístola suya afirma, pero aborrecíale mucho la fatiga que se pasa en ganarla y el cuidado que se ha de tener para conservarla después de ganada. Contentábase con pocos y comunes majares. Aborrecía los superfluos y grandes convites y todo desordenado comer. De ninguna cosa holgaba tanto como de vivir templadamente en compañía de sus amigos, y de esta causa jamás alegremente se vio comer solo. Toda pompa tuvo siempre

⁴ El número sesenta está tachado y quizá debía de decir cincuenta y cinco. Hay que tener en cuenta que poco después la narración llega a los sesenta años de Petrarca, por lo que este sesenta y cinco debía de tratarse de un error. No obstante, Hernando de Hoces sigue aquí literalmente la vida de Vellutello, que dice: "Essendo ultimamente gunto al Lxv anni de la sua età". *Il Petrarca con l'espositione D'Alessandro Vellutello*, 1550, f. aIVv.

en menosprecio. Fue de amor grandísimo y muy durable, pero fue solo uno y aquel muy honesto, según en sus obras parece.

Era de condición desdeñoso, pero ligero de aplacar. Tuvo siempre mucha memoria de los beneficios recibidos y gran deseo de amistades, y así fue dichosísimo en tenerlas con personas de mucha calidad. Fue muy amador de las cosas honestas y de tan maravillosa alegría que ninguno podía estar en su compañía triste. Bebía muchas veces agua sola y era amigo de todo género de frutas. Tenía costumbre de ayunar tres días en la semana y el sábado a pan y agua. Era de brevísimo sueño. Levantábase siempre a media noche, lo primero a loar a Dios, y después a ocuparse en sus estudios. Usaba muchas veces dormir vestido.

Fue de mediana estatura; no de muchas fuerzas, pero de maravillosa destreza. Tuvo muy buena presencia y rostro. La color no muy blanca, ni tampoco negra. Tuvo avivadísimos ojos y la vista de tanta perfección que hasta llegar a los sesenta leía sin antojos cualquier letra, por muy menuda que fuese. Escribió allende de los *Triunfos* y sonetos y canciones, muchas obras en latín, así en verso como en prosa, de gran excelencia y valor, las cuales por ser muy notorias a todos los estudiosos no hay para qué se gaste aquí tiempo en recontarlas.

IV

VIDA DE M. LUDOVICO ARIOSTO QUE ESCRIBIÓ EL SEÑOR JUAN BATISTA PINNA

TRADUCIDA POR VICENTE DE MILLIS GODÍNEZ⁵

La casa y familia de los Ariostos en Bolonia fue muy antigua y noble, donde hasta el día de hoy permanecen en su nobleza. Los que primero la mudaron de Bolonia a Ferrara fueron ciertos parientes de Lippa Ariosta, mujer que fue del marqués Obizo III de Este, la cual fue de rara hermosura y grandísima honestidad, y murió el año de 1347. Y por causa y intercesión de esta señora crecieron los Ariostos en honra y riqueza. Pero entre todos los sucesores de este linaje –aunque de allí adelante hubo muchos– que fueron honrados y personas señaladas, lo fue últimamente M. Nicolo Ariosto, el cual, puesto que era aún muy mancebo, fue gran familiar del duque Borso de Ferrara y después mayordomo de la casa del duque Hércules. Y habiendo sido enviado a negocios y con embajadas del dicho Duque al Emperador y al rey de Francia, hizo su oficio con mucho valor y fidelidad, y por ello le fue dado en premio título de conde y de caballero, y finalmente alcanzó todas las dignidades y honras que su señor le pudo dar y hacer. Y así le envió por gobernador de las ciudades de Regio y Módena, donde se casó con una señora llamada Daria de Malaguzzo, de los principales de Regio, de quien nació M. Ludovico, cuya vida al presente escribimos, y otros cuatro hijos llamados Gabriel, Galaso, Carlos y Alejandro, y cinco hijas.

⁵ *Orlando Furioso de M. Ludivico Ariosto, traducido de la lengua toscana en la española por don Jerónimo de Urrea*, Bilbao, Matías Mares, 1583, ff. a4v-a5v.

El Ludovico, en su primera edad, dio muestras clarísimas de su divino ingenio. Y siendo mancebo de poca edad, compuso la *Fábula de Tisbe* en su lengua vulgar y juntamente con sus hermanos la representó. Y asimismo en este tiempo compuso muchas cosas en forma de comedias. Y aunque su padre le puso al estudio de las leyes, no fue con ello adelante, porque pudo más en él la natural inclinación, como se cuenta de Petrarca y Ovidio, porque pretendía cosas de más importancia.

Tuvo en las letras humanas por maestro a M. Gregorio de Espoleto, hombre docto, principalmente en la poesía, en la cual ciencia hacía cada día admirables pruebas. Y sobre todo se deleitaba en declarar algunos lugares dificultosos de Horacio, lo cual hacía dándoles hermosas interpretaciones. Agradábase la dulzura de Tibulo y el espíritu de Propercio en escribir elegías. Y procuró en los versos yámbicos y endecasílabos conformarse con Catulo, como en muchos versos suyos se podrá ver, que salieron a la luz divididos en dos partes. Pero dejando del todo la poesía latina, se mudó a la toscana y propuso en sí de hacer un poema en lengua vulgar que fuese semejante al heroico y al épico, pareciéndole que de hacer esto le resultaría mucha honra y fama, pues hasta aquel tiempo ninguno lo había hecho como convenía. Supo todas las artes y ciencias, y aprendió a hablar las lenguas española y francesa, para con esto hermosear más su poesía y hacer como la abeja, que recoge las mejores flores para de ellas sacar su miel.

Procuró el cardenal Bembo apartarle de este propósito, amonestándole que escribiese en latín, y, dándole larga cuenta de su deliberación, pasó con su propósito adelante. Y habiendo visto muchos libros en verso vulgar y considerando que el conde Mateo María Boyardo tenía gran fama en Italia entre los que de aquella manera habían escrito, deliberó de proseguir la obra que había comenzado, imitando en esto a Virgilio, que cantando de Eneas prosiguió a Homero.

En este tiempo, habiendo el papa Julio II movido guerra contra el duque de Ferrara, fue enviado Ludovico Ariosto sobre este negocio a Roma por la posta con la embajada, de donde, habiendo vuelto, se quiso hallar en la guerra que después hubo. Y combatiendo como hombre valeroso en el Poo, entre otros muchos caballeros se halló en tomar un navío de los enemigos. Y vuelta la armada enemiga, queriendo el Duque tornar a enviar sus embajadores al Papa, temiendo muchos su recia condición lo rehusaron como cosa peligrosa y el Ariosto la aceptó con deseo de servir a su señor y patria. Pero habiéndose presentado delante del Papa y entendiendo que le era necesario huir, se volvió a Ferrara con gran peligro de su vida, donde después prosiguió su comenzada poesía y la llegó al cabo, aunque no tuvo tiempo para perficionarla. Y habiendo rehusado en este tiempo de ir a Hungría con el cardenal Hipólito de Este, tuvo gran enojo de él, y por esta causa y también por poder mejor seguir algunos pleitos, puso en olvido la dicha obra casi catorce años.

Siendo después muerto el cardenal Hipólito, el Duque le llevó a su servicio y le tuvo por muy familiar. Y por dar placer y recreación al mismo Duque, compuso algunas comedias, como fueron la *Casaria*, los *Supuestos*, la *Lena*, el *Nigromántico* y la *Escolástica*, de la cual solamente hizo tres actos y tres escenas, y esta acabó después su hermano Gabriel Ariosto. Comenzó Ludovico otra poesía no se apartando de la invención del Furioso y de esta se hallan

solamente cinco cantos, y aún, según se entiende, estos salieron a luz y en público contra su voluntad. Tenía pensado de con muchos preámbulos alargar las fábulas que había comenzado imitando a Homero, en cuanto después de haber escrito la *Ilíada* prosiguió la *Odisea*. Y no solamente quedaron estos cinco cantos imperfectos, mas al cabo de su vida se quejaba de su desgracia, diciendo que aun el Furioso no quedaba enteramente correcto, porque se lo habían estorbado sus cuidados y trabajos. Y contaba también que querer obedecer a los mandamientos de sus señores se lo habían impedido.

Tradujo en lengua toscana de la española y francesa algunos versos y, especialmente, la historia de Godufre de Bullón. Y puso en su lengua vulgar muchas comedias de Plauto y de Terencio, y de estas hizo poca cuenta, teniendo intento de hacer cosas mayores. Y habiéndole una vez reprehendido gravemente su padre y reñíndole con hacerle una larga amonestación, le escuchó con mucha atención sin decir ninguna palabra de excusa en su descargo, y preguntándole después uno de sus hermanos que por qué causa había estado tan callado sin dar alguna satisfacción a su padre, le respondió que así como su padre le comenzó a reprehender, se le había venido a la memoria una cosa semejante, que en su *Casaria* –que en aquel tiempo componía– estaba, de la cual, porque le pudiese aprovechar, aprendió a oír las amonestaciones de su padre, de tal manera que se olvidó de excusarle y de desengañar a su padre: tanta era la diligencia y cuenta que tenía en aprovecharse de lo que componía.

También le envió el Duque a Grasnica por gobernador de aquella tierra, que a la sazón estaba alborotada y llena de hombres sediciosos, y con prudencia los puso en paz, sosegando los alborotos que estaban levantados, y redujo aquella provincia al servicio de su señor. Estando en la corte imperial, tuvo amistad con la mayor parte de los príncipes y señores italianos que la seguían, y particular familiaridad con el marqués del Vasto, y sobre todos con los cardenales Sadoletto y Bembo, a los cuales tuvo siempre gran respeto. Un año antes que muriese, fue coronado de laurel en la ciudad de Mantua por el emperador Carlos V con gran favor y aplauso de toda la corte imperial.

Fue de conversación afable y apacible, y de condición alegre y dulce, principalmente cuando estaba entre damas. Era agradable a todos y muy pronto, despierto, lleno de respeto, leal, agudo y para mucho era en alguna manera malencónico, porque le agradaba la soledad. En pasar por agua y puentes, y en ir a caballo y en barcas, se mostraba algo tímido, y sobre todo amaba la contemplación y así caminaba algunas veces a pie muchas millas, sin tener cuenta con lo que hacía. Fue alto de estatura, tenía la cabeza calva, los cabellos crespos y negros, la frente alta y ancha, las cejas enarcadas y delgadas, los labrios recogidos, los dientes blancos y iguales, la majilla descarnada y de color de aceituna, la barba algo rara, que no le llegaba a las orejas, el cuello bien proporcionado, las espaldas grandes y algo inclinadas, las manos delgadas, la cintura estrecha y las piernas estebadas.

Tuvo por costumbre ser enemigo de la ociosidad y fue moderado en desear y procurar honras. Contentose con una riqueza honesta y con vida quieta y reposada. Rehusó de ir a la corte romana en tiempo del papa Clemente VII, cuyo familiarísimo y casi como hermano había sido antes de subir al pontificado, y respondía a sus amigos que a ello le persuadían, que mejor era gozar en paz lo poco que con trabajos desear lo mucho. Deleitábase en fabri-

car, pero esto era con poco gasto, y no faltó quien le dijo: “vos, M. Ludovico, habéis edificado en vuestro libro palacios muy ricos y suntuosos, y para vos habéis hecho una casa que no se parece en nada a ellos”, a lo cual él respondió: “El poner las palabras en los edificios y el asentar las piedras no es una misma cosa”. Y llevando este su amigo a la entrada de su casa, le hizo que leyese dos versos que sobre la puerta de ella estaban, que decían así: *Parva sed apta mihi, sed nulli obnoxia, sed non / sordida parte meo, sed tamen aere domus.*

Fabricaba de buena gana mudando ora una cosa, ora otra, y decía que el fabricar era como hacer versos. Mas con todo esto le aconteció lo que a los árboles, que suelen, cuando de sí mismos salen hermosos, si de mano de buen maestro son cultivados, hacerse más hermosos y galanos, aunque también si esto se hace fuera de orden pierden su hermosura.

En las cosas tocantes al amor, fue muy placentero y así se excusa de ello en algunas partes. Cuanto al comer, contentaba con muy poco, porque era muy templado, y puesto que comía de la mesa del Duque, excusaba la diversidad de los manjares. Y con todo eso, comía apresuradamente, no obstante que los médicos le avisaron muchas veces que esto le había de ser cosa muy dañosa y contraria a su salud, si con ello no tenía mucha cuenta. Al fin, se le hizo en el cuello de la vejiga una obstrucción o cerramiento y queriéndola remediar con algunas aguas apertivas, le destemplaron el estómago. Y para prevenir a esto con medicinas, le sobrevino ética. Y así, el año de 1534 a los seis de junio, al poner del sol, acabándosele poco a poco la virtud, salió de esta presente vida, siendo de edad de cincuenta y nueve años.

Enterráronle en la ciudad de Ferrara, en el monasterio de san Benito. Fue muy llorado de todos los ciudadanos y compusieron muchos de ellos versos y prosas en su loor. Y él mismo dejó compuesto un epitafio para su sepultura, que comienza: *Ludovici Ariosti humantur ossa,* etc., que anda entre sus epigramas que nuevamente han salido a luz, donde quien quisiere le podrá ver. Dejó asimismo algunas sátiras y sonetos, que también andan impresos en toscano.

VALENTÍN NÚÑEZ RIVERA Y RAÚL DÍAZ ROSALES (EDS.), *Vidas en papel. Escrituras biográficas en la Edad Moderna* ■ Roland Béhar 📖 Abraham Madroñal 📖 María Zambrana Pérez 📖 Valentín Núñez Rivera 📖 Natalia Palomino Tizado 📖 Patricia López Díez 📖 Carlos Pérez Hernando 📖 Elisabet M. Rascón García 📖 Sophie Cadoux 📖 Nieves Baranda Leturio 📖 Zhiling Duan 📖 Remedios María Partal Torres 📖 M.^a Rocío Lepe García 📖 Sergio Fernández López 📖 María Heredia Mantis 📖 Bonaventura Bassegoda.